



UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE PSICOLOGÍA.

“LA FAMILIA Y EL MALTRATO COMO FACTORES DE
RIESGO DE CONDUCTA ANTISOCIAL”

TESIS QUE PARA OBTENER EL GRADO DE LICENCIADA
PRESENTA:

NIEVES QUIROZ DEL VALLE

DIRECTOR DE TESIS: LIC. JORGE AMETH VILLATORO
VELÁZQUEZ.

Enero del 2006

AGRADECIMIENTOS:

Para la realización de este trabajo, agradezco el apoyo brindado por el CONACYT a través del proyecto número 42092-H del cuál fui becaria; al Instituto Nacional de Psiquiatría, División del Investigaciones Epidemiológicas y Sociales a través del proyecto número 4316-N.

De manera muy especial, agradezco al Maestro Jorge Villatoro Velázquez, por la oportunidad, el apoyo, la confianza y sobre todo por las grandes enseñanzas que me ha dado, de verdad han dejado huella en mi camino.

Al Licenciado Francisco Juárez por la dedicación y apoyo brindados para la realización de este trabajo.

DEDICATORIAS

A mis padres, quienes son mis guías, mis consejeros, mis amigos, mi ejemplo a seguir. Gracias por ser simplemente mis padres. Sin ustedes no hubiera llegado hasta aquí. Lo que hoy soy es gracias a ustedes, los quiero mucho.

A mi hermana, pieza clave en mi vida, mi orgullo y ejemplo. Gracias por todo lo que hemos vivido juntas y todo lo que nos falta por vivir. No tienes idea del cariño que siento por ti, recuerda que siempre estaré ahí para lo que necesites. Te quiero mucho

A la Bila, por ser simplemente como es, por estar conmigo incondicionalmente siempre brindando cariño. Gracias por todo lo que has hecho por mí, no se que haría sin tu presencia. Te quiero mucho.

A Iker, Manolo, Dani, Ale, la Nena y Luchi, gracias por estar conmigo siempre, recuerden que la unión hace la fuerza, los quiero mucho, siempre contarán conmigo para lo que necesiten.

A mis tíos, Luis, Ana Mari, Giovanna, Martín y Marisol gracias por su apoyo incondicional, son un ejemplo para mí. Los quiero mucho.

A Miguel, por estar a mi lado en todos los momentos importantes de mi vida, por ser mi apoyo. La vida no la concibo sin tu compañía, el camino que nos falta por recorrer es aún muy largo, lleno de experiencias inolvidables como todas las que hemos vivido. Gracias, te adoro.

A Santiago, ese pedacito de ser, que llena todos los días de mi vida con solo una sonrisa. Gracias por todo el cariño y satisfacciones que me has dado. No te imaginas lo importante que eres para mí. Te quiero mucho.

A mis abuelos, quienes son personas importantes en mi vida, que han dejado una huella en mí. Los quiero mucho.

A mi familia Quiroz, tíos, primos y sobrinos, gracias, verdaderamente ocupan un lugar muy especial en mi corazón. Los quiero mucho.

Los niños aprenden lo que viven

Si un niño vive con tolerancia,
aprenderá a ser paciente.

Si un niño vive con aliento,
aprenderá a tener confianza.

Si un niño vive criticado,
aprenderá a condenar.

Si un niño vive en un ambiente hostil,
aprenderá a pelear.

Si un niño vive ridiculizado,
aprenderá a ser tímido.

Si un niño vive avergonzado,
aprenderá a sentirse culpable.

Si un niño vive estimulado,
aprenderá a apreciar.

Si un niño vive con honradez,
aprenderá a ser justo.

Si un niño vive con seguridad,
aprenderá a tener fe.

Si un niño vive con aprobación,
aprenderá a valorarse.

Si un niño vive con cariño y amistad,
aprenderá a encontrar el amor en el mundo.

D. Nolte.

CONTENIDO

Resumen	7
Introducción	8
Capítulo 1: La familia	13
1.1 Tipos de familia	17
1.2 Familia y adolescencia	20
1.3 Factores de riesgo y protección familiar durante la adolescencia	24
Capítulo 2: El maltrato	
2.1 Maltrato infantil	27
2.1.1 Modelos del maltrato infantil	28
2.1.2 Tipos de maltrato infantil	36
2.1.3 Factores asociados con el maltrato infantil	37
2.1.4 Consecuencias del maltrato infantil	39
2.1.5 El maltrato infantil y su relación con otras conductas	43
2.2 Maltrato en el adolescente	46
2.2.1 Patrones de maltrato durante la adolescencia	47
2.2.2 Consecuencias del maltrato en los adolescentes	49
Capítulo 3: Conducta antisocial	52
3.1 Explicaciones ambientales acerca del momento de aparición de la conducta antisocial.....	54
3.2 Factores asociados con la conducta antisocial	56
3.3 Familia y conducta antisocial	58

Capítulo 4: Metodología

4.1 Planteamiento del problema	64
4.2 Objetivos generales	64
4.3 Objetivos específicos	64
4.4 Hipótesis conceptual	64
4.5 Definición conceptual de variables	65
4.6 Definición operacional de variables	66
4.7 Población y muestra	66
4.8 Instrumento	68
4.9 Procedimiento	71
4.10 Análisis de datos	72

Capítulo 5: Resultados	73
------------------------	----

Capítulo 6: Discusión y Conclusiones	89
--------------------------------------	----

Referencias	95
-------------	----

RESUMEN

La conducta antisocial es una problemática que surge por una combinación de diversos factores, entre los que destacan, problemáticas en la escuela, consumo de drogas, alcoholismo, relación con pares antisociales, problemas emocionales, maltrato, problemas familiares, etc., situaciones que hacen a los individuos más vulnerables.

La presente investigación retoma dos de esos factores, el ambiente familiar y el maltrato para analizar su relación con las conductas antisociales, para conocer como se comportan estos dos aspectos y observar si es que pueden ayudar a predecir la presencia de conducta antisocial en los adolescentes. Para cumplir con dicho objetivo, se utilizaron los datos obtenidos en la Encuesta sobre Consumo de Drogas en estudiantes, medición 2003 en el D.F. (Villatoro, 2004).

Los resultados de la investigación muestran que existen diferencias entre el grupo que comete actos antisociales del grupo que no lo comete, tanto para el área del ambiente familiar como para el área del maltrato. Los principales predictores de la conducta antisocial fueron: mayor presencia de hostilidad y rechazo, menor comunicación por parte de los hijos, menor apoyo de los hijos y mayor presencia de disciplina negativa severa y disciplina negativa. En lo que respecta a la comunicación y apoyo de los padres y a la disciplina prosocial, no se identificaron como predictoras de conducta antisocial.

Por lo que se concluyó que el ambiente familiar y el maltrato son factores asociados con la presencia de conducta antisocial, por lo que debemos prevenir dicha problemática mejorando las relaciones familiares, la interacción y brindándole a los adolescentes un ambiente familiar positivo que les permita un sano desarrollo.

INTRODUCCIÓN

La familia representa una continuidad simbólica que trasciende a cada individuo y generación. La familia enlaza tiempo pasado, tiempo presente y tiempo futuro. En su conformación eslabona generaciones sucesivas, articula las líneas de parentesco mediante un complejo tejido de fusiones sociales de gran importancia en todas las sociedades (Silva, 2003).

La familia es un fenómeno universal y matriz de las civilizaciones; tiene entre otras funciones proteger la vida y la crianza, favorecer el desarrollo sano de cada uno de sus miembros, así como la transmisión de las costumbres y las tradiciones que conforman la cultura original de cada pueblo. Silva (2003) menciona que la familia permite al individuo adaptarse a las condiciones históricas y sociales de su tiempo, asegurando así la continuidad en la civilización.

Es por ello que el papel de la familia es fundamental en la formación de los individuos, especialmente en los adolescentes. En la actualidad existen muchos problemas de desintegración familiar y en las relaciones de los padres con sus hijos, que orillan a los jóvenes a buscar otros puntos de apoyo, como los de sus pares, quienes a veces en lugar de ayudarlos y guiarlos logran confundirlos y enredarlos en situaciones poco favorecedoras e inseguras, como la drogadicción, el alcoholismo o, peor aún, inducirlos para cometer actos antisociales.

Uno de los principales problemas que surge en el ambiente familiar es que no se tiene plena conciencia de la gran influencia familiar y paterna en el desarrollo de los hijos. Parece ignorarse el hecho de que, al momento de formarlos, cada cosa que se haga o se diga, cada gesto, cada movimiento, cada situación que se presente en el ámbito familiar dejará huella en las personas.

En la vida, la formación de los hijos es una labor sumamente delicada e implica gran responsabilidad y es en la adolescencia donde se requiere de la mayor dedicación y compromiso, pero sobre todo es en esa etapa donde deben fortalecerse las bases que regirán el funcionamiento del joven; la adolescencia es la etapa más propicia para establecer límites y enseñarles a los jóvenes los verdaderos valores y las actitudes adecuadas, pues esto los ayudará a enfrentarse a la sociedad y a cualquier reto que tengan

que enfrentar. Es importante recordar que la familia constituye el primer mecanismo de socialización del individuo; durante la adolescencia la familia como socializadora sigue presente, pero comparte la socialización del individuo con otras figuras importantes fuera del ámbito familiar: los amigos, los maestros y otros adultos significativos para el adolescente. La conducta del adolescente estará influida por la percepción que tenga de su ambiente familiar, el cual se ha ido construyendo a lo largo de su vida, y ahora también por la influencia de los amigos y de otros adultos significativos (Bartolo, 2002). De ahí que los padres deben sentar bases sólidas que los ayuden a enfrentarse a los problemas de la vida, a salir adelante y a no dejarse influenciar por aspectos negativos contrarios a sus propios valores y creencias.

Entre las etapas del ciclo vital, es la adolescencia el momento más relevante, pues en este momento de cambios se pone a prueba la funcionalidad familiar y se cuestionan las formas en que sus integrantes han llevado a cabo un proceso de aprendizaje particular dentro del grupo (Ruiz, 2004). Esta etapa es crucial para la vida del adolescente; la manera de enfrentar y superar esta etapa pone las bases para el futuro de las personas. Es por eso que los padres en general, pero sobre todo los padres de adolescentes en particular, deben estar muy conscientes del papel tan importante que tienen en la vida de sus hijos, ya que las consecuencias son determinantes; su carácter dependerá del tipo de ambiente que existe en la familia en que se desenvuelven.

En la estructura familiar actual los adolescentes son sujetos vulnerables; por lo general, se tiende a no entenderlos, a reprimirlos o definitivamente a maltratarlos. El resultado viene a ser la activación de los impulsos agresivos y rebeldes dentro y fuera de la familia (Castellanos, Guzmán, López y Gómez, 2004). La familia tiene una función social fundamental y su actuación determina en gran medida lo que se vive en la sociedad abierta. La necesidad de analizar y actuar sobre el núcleo familiar surge de la percepción de una realidad social inquietante, en la que la violencia está ocupando un lugar central (Escalante y López, 2002).

Es importante cambiar la orientación del análisis de la problemática. Son comunes las opiniones sobre lo difíciles que son los adolescentes, lo difícil que es tratar de establecerles reglas, lo difícil que es interactuar con ellos. Sería mejor, analizar la razón de esas dificultades, el porqué de esa actitud. Lo más fácil es evitarlos, juzgarlos e inclusive menospreciarlos. Tratar de entender su comportamiento para poder ayudarlos es más difícil,

pero no imposible. Todo esto nos lleva de nuevo a la familia: ¿qué es lo que está pasando durante esta etapa en el medio en el que se desenvuelven los adolescentes?, ¿qué es lo que los hace actuar de tal o cual forma? Si la actitud del psicólogo o de los padres es criticar o juzgar su comportamiento, no se va a lograr nada. El sentirse juzgados desata actitudes de rebeldía y agresión en cualquier persona, y quizá mucho más entre los jóvenes.

Desgraciadamente los casos de maltrato a niños y adolescentes van en aumento. En el mundo, 10% de la población infantil es víctima de diferentes formas de maltrato. Según las cifras del DIF, en México el número de niños atendidos por maltrato va en aumento; en 2002, por ejemplo, se atendieron 23,585 denuncias y en 2003 fueron 27,301 (INEGI, 2004). Hablar de familia y violencia es un contrasentido pues el grupo familiar debería estar diseñado para proteger al individuo frente al mundo. Generalmente pensamos que el hogar es un refugio que como tal protege, da calor, consuela y anima, pero cada vez resulta más frecuente verificar que es ahí donde se generan comportamientos humanos lamentables. Muchas veces, la familia establece situaciones que no sólo le impiden cumplir con las tareas de brindar protección y llevar a cabo ese manejo formativo y de construcción de un carácter sólido para que sus miembros enfrenten exitosamente los retos de la vida, sino que la hacen convertirse en el espacio en el que se originan las graves deformaciones conductuales de los hijos (Escalante y López, 2002).

Cuando desde la infancia se ha proporcionado un ambiente familiar óptimo, y éste se logra mantener durante la adolescencia, con relaciones intrafamiliares de verdadero afecto, el adolescente convierte a los padres en sus guías y orientadores; el que haya en la familia una disciplina razonable y no arbitraria le permite al adolescente desarrollar una conducta moral que lo va a conducir a su propio autocontrol y a la autodirección. Cuando las relaciones entre padres e hijos son desfavorables, la conducta moral del adolescente se deteriora fácilmente, y es común que los jóvenes presenten dificultades para adaptarse (Aguirre, citado por García, 2002).

El hecho de que algunos niños sean víctimas de agresiones físicas o sexuales o que no reciban los cuidados y la atención mínimos es actualmente motivo de una intensa indignación entre amplios sectores de la población (Arruabarrena y Paúl, 1994). Las personalidades antisociales se desarrollan en ambientes en los que se dan el abuso infantil, los problemas económicos, la humillación, el castigo físico sistemático o las rupturas familiares. Vivir tales emociones en la infancia provoca una carencia importante de

sentimientos, y esto propicia una tendencia a cometer actos delictivos en el futuro (Escalante y López, 2002).

Dado que los adolescentes y los adultos que delinquen gravemente informan con gran frecuencia haber sufrido malos tratos (Boswell, 1995 y 1996; Lewis, citado por Rutter, Giller, Hegell, 2000) y que los estudios de seguimiento han mostrado el sustancial incremento de los problemas emocionales, sociales y de conducta en niños que han experimentado graves abusos físicos o sexuales o desatención por parte de sus progenitores (Kendall-Tackett; Meyer, Williams y Finkelhor; Trickett y Mc Bride-Chang, citados por Rutter et al., 2000), se ha prestado una gran atención al maltrato y a la desatención como factores de riesgo de conducta antisocial posterior.

Se debe terminar con el círculo vicioso en el que los padres que fueron maltratados, maltratan a sus hijos; se tiene que evitar que los padres que vivieron experiencias desagradables, de hostilidad, rechazo, falta de comunicación, inestabilidad, etc., repitan patrones de conducta con sus hijos. Es importante revalorizar el papel de la familia, sus funciones, sus características y, sobre todo, la influencia tan determinante que ella tiene para que los jóvenes presenten problemas de conducta y, más específicamente, conducta antisocial. Es vital que se cree conciencia del daño que llegan a presentar los niños, los adolescentes e incluso los adultos que crecieron en ambientes familiares negativos, llenos de hostilidad, agresión, maltrato, pues todo ello aumenta las posibilidades de que las personas realicen actos delictivos.

Es en este contexto en que esta investigación tiene como principal interés mostrar la relación que existe entre el haber vivido situaciones de maltrato o el desenvolverse en ambientes familiares poco proveedores de protección y crecimiento y la presencia de conducta antisocial en los adolescentes.

Por lo que los objetivos planteados para ello son:

- 1) Conocer si es que existe relación entre el ambiente familiar y el maltrato y la posibilidad de presentar conductas antisociales durante la adolescencia.
- 2) Conocer la posible relación que existe entre el maltrato y la presencia de conducta antisocial en los adolescentes.

- 3) Conocer la posible relación que existe entre el ambiente familiar y la presencia de conducta antisocial en los adolescentes.

Para cumplir con los objetivos de esta investigación, en el capítulo uno, se analizarán aspectos relacionados con la familia, funciones, tipos y factores asociados a ella. En el capítulo dos se describen las distintas formas de maltrato, causas y consecuencias así como factores asociados a él. Por último, en el capítulo tres se describen aspectos relacionados con la conducta antisocial, factores asociados y posibles explicaciones de dicha conducta así como la relación que tiene la familia con la conducta antisocial.

CAPÍTULO 1: LA FAMILIA

A lo largo de este capítulo se explicará de manera exhaustiva la importancia que tiene la familia en el desarrollo de los individuos; se mencionarán diversos tipos de familia y las consecuencias que tienen en la vida de los niños; así como las principales responsabilidades y obligaciones que debe cumplir el núcleo familiar; y se analizará el importante papel que tiene durante la adolescencia, etapa que, para los objetivos de este trabajo, es de vital importancia en el surgimiento de conductas antisociales.

Como es sabido, la familia es el principal núcleo de interacción social, la principal fuente de influencia que tienen los niños desde que nacen, y, como menciona Plata (2003), es por excelencia el principio de continuidad social, que conserva, transmite y asegura la estabilidad social de ideas y de la civilización. Es la primera unidad social donde pueden satisfacerse inicialmente las necesidades y requerimientos para el adecuado nacimiento, crecimiento y desarrollo de los individuos.

Es importante mencionar que esa satisfacción de necesidades y esa gran influencia que ejerce la familia en la vida de los individuos, particularmente en la adolescencia, marca el destino de lo que será la forma de vida de estos adolescentes. De ahí la inquietud por analizar de manera exhaustiva cuál es el tipo de relación que tiene la familia durante la etapa de la adolescencia. Para esto es necesario conocer y analizar las funciones, principalmente psicosociales, que debe cumplir la familia a lo largo del desarrollo del individuo, las cuales tienen una base común, pero son específicas para cada familia. El eje que guía a cada familia se basa en la complementariedad y en el bienestar de cada miembro, para lo cual el núcleo familiar habrá adoptado formas de interacción específicas y roles concretos.

Escalante y López (2002) mencionan que los vínculos familiares se forman a través de una combinación de factores:

- a) Biológicamente, la familia sirve para perpetuar la especie; es la unidad básica de la sociedad y se encarga del establecimiento de la relación entre un hombre y una mujer para engendrar descendientes y asegurar su crianza y educación.
- b) Psicológicamente, los miembros de la familia están ligados en interdependencia mutua para la satisfacción de sus necesidades afectivas.

- c) Socialmente, proporciona identidad y estatus. Además no debemos olvidar que la familia es el principal agente socializador y en ella se reproduce la cultura, los valores y las formas de organización.
- d) Económicamente, también en interdependencia mutua, el grupo familiar satisface las necesidades materiales mediante la provisión de recursos.

Una vez establecidos los patrones de interacción, es importante analizar las diversas funciones que se deben cumplir dentro de la familia, las cuáles para el sano desarrollo del individuo es importante que se cumplan. Escalante y López (2002) mencionan que existen siete funciones básicas y primordiales que debe cumplir la familia:

1. Brindar identidad al menor. Al nacer, el individuo incorpora para sí no sólo las características biológicas de sus padres, sino también sus características psicosociales; lo mismo recibe actitudes y hábitos, valores personales, estilos de vida, costumbres, cultura y estatus socioeconómico, sentido de pertenencia, nombre, apellido, elementos todos que lo particularizan y constituyen su identidad.

2. Proporcionar protección. Los niños dependen absolutamente para su supervivencia de las personas que los cuidan; y sólo a través del tiempo y en forma paulatina va adquiriendo autonomía e independencia.

3. Desarrollar y establecer la seguridad básica. A través de la adecuada satisfacción de sus necesidades primarias y de una relación afectiva, en especial del contacto físico, la calidez y la atención, el niño logra desarrollar y establecer la seguridad básica, que no es otra cosa que la convicción de sentirse querido e importante, especialmente por los padres.

4. Brindar las primeras y más importantes experiencias sociales. La familia es la célula social por excelencia; en ella el individuo aprende a compartir su espacio con los demás, desarrollando esquemas de interrelación que son transmitidos en el trato cotidiano que recibe de las personas que conviven con él, particularmente de sus padres.

5. Dictar y determinar la introyección de normas sociales de convivencia. Esto es porque el individuo incorpora modelos de conducta en relación con los demás y establece para sí controles personales acerca de lo que debe ser su actuación social, diferenciando lo que es permitido de lo que no lo es.

6. El aprendizaje de la expresión amorosa. A medida que crece y a través del contacto físico, el niño aprende a expresar sus emociones y sentimientos, los cuales permitirán construir el futuro y mantener relaciones afectivas significativas.

7. Constituir un filtro con el resto de la sociedad. La pequeña sociedad familiar permite al niño experimentar con su propio comportamiento en la relación con los otros; las transgresiones, deficiencias y errores de conducta son probados por él y son a su vez moldeados y combatidos dentro del hogar, definiendo en buen grado los márgenes de permisividad y/o restrictividad que tendrán en el futuro.

Una vez analizada cada una de estas funciones, uno se puede percatar de la influencia tan grande de la familia en el comportamiento de los individuos, y particularmente en el de los niños y adolescentes. Como se ha dicho, la familia moldea la forma de ser de estos individuos, les establece las pautas de comportamiento aceptadas, los valores, toda una gama de comportamientos regidos e influenciados por el núcleo familiar. Dicha influencia puede ser tanto positiva como negativa; desafortunadamente, la mala influencia puede tener como consecuencia la presencia de conductas antisociales, por mencionar un ejemplo. La forma en que se establece este tipo de conductas está regida por los patrones de interacción, los cuales constituyen la estructura de la familia. Minuchin (citado por Plata, 2003) menciona que la familia necesita de una estructura confiable para poder desempeñar sus funciones y apoyar tanto la individuación como la proporción de un sentimiento de pertenencia de sus miembros.

Feldman menciona que dentro de las familias existen tres patrones de interacción, los cuales pueden presentarse combinados o bien de manera aislada, y es por medio de éstos que se crea el tipo de ambiente que será el sustento de la estructura familiar (Feldman, citado por Silva, 2003):

- I. El primer estilo corresponde a una afirmación del poder, mediante el uso del castigo físico, además de la privación de objetos materiales o privilegios o la amenaza del castigo.

- II. El segundo estilo comprende las prácticas relacionadas con el retiro del amor, en las que los padres retiran más o menos abiertamente el afecto, ya sea ignorando al menor o amenazándolo con retirarle el amor.
- III. El tercer estilo incluye las acciones de los padres encaminadas a inducir respuestas empáticas y de simpatía en cuanto a las consecuencias de la acción del menor para el padre (una especie de proceso de retroalimentación que informa al menor sobre los estados cognoscitivos de los padres).

Estos estilos de interacción tienen propósitos diferentes, ya que el primero está encaminado a desarrollar una orientación externa basada en el temor a la detección y el castigo externo, mientras que las otras dos están asociadas al establecimiento de un control interno caracterizado por la culpa y la independencia de las sanciones externas (Silva, 2003).

Es importante mencionar que la familia, especialmente los padres, deben ser muy cuidadosos en todo lo que hagan para cumplir con sus funciones porque las consecuencias de una mala elección marcarán el futuro de los individuos; de hecho los patrones de interacción son básicos, ya que, como se mencionó anteriormente representan el ambiente en el que se desenvuelve la familia, especialmente los niños a lo largo de la vida, por lo que dejarán huellas imborrables. No debemos olvidarnos de que, como primer agente de socialización del niño, la familia es un contexto muy importante para la prevención de conductas problema.

Las elecciones que se hagan dentro de la familia para establecer la estructura de ésta, marcarán la vida de cada uno de los miembros; en ocasiones, las elecciones serán las correctas, pero en otras no; es por eso que es de vital importancia crear conciencia en las familias, para que se desenvuelvan en un ambiente de responsabilidad y de pleno compromiso en la formación de los hijos. Ya que la creación o el establecimiento de una familia no es un juego, específicamente lo que se refiere a la formación de los hijos. Todo esto ha sido analizado y la investigación indica que en la etapa adolescente la influencia de los padres y madres todavía es grande, perdurando de manera importante en los valores, actitudes y creencias de sus hijos. Ciertas variables familiares se encuentran detrás de la elección de un tipo de amigos u otro, y esta elección juega un papel clave en la implicación o no de conductas desviadas, por poner un ejemplo (Gómez y Villar, 2001).

Debido a la gran influencia que tiene la familia en el desarrollo de los individuos, el interés por conocer más acerca de las dinámicas y estructuras familiares ha aumentado; de hecho, se han llevado a cabo investigaciones sobre la familia en general. Uno de los primeros trabajos sobre variables familiares y conducta desviada se centra en los aspectos estructurales de la familia: nivel socioeconómico familiar, número de hermanos, presencia de ambos padres en el hogar, etc. Los daños encontrados muestran la existencia de cierta relación entre algunas conductas, como el consumo de drogas o la delincuencia y un mayor número de hermanos o la falta de uno de los padres en el hogar. Pero la baja significación de estos resultados llevó a buscar otras variables explicativas. La atención se centró en las variables relacionadas con el funcionamiento familiar. Este grupo de variables representaba un impacto mayor que el encontrado con las estructurales. Además se encontró que el efecto de estas últimas podía ser explicado en gran parte por variables de tipo funcional (Gómez y Villar 2001). De ahí la preocupación por conocer más a fondo los tipos de funcionamientos familiares; esto con la finalidad de prevenir elecciones equivocadas por parte de los miembros de la familia. A raíz de todas estas investigaciones se ha analizado más a fondo el núcleo familiar y han surgido diferentes tipos de familias.

1.1 TIPOS DE FAMILIAS

No siempre la familia constituye un elemento favorecedor de conductas sociales productivas y adecuadas. Estudios recientes sobre la familia demuestran que cada vez con mayor frecuencia la existencia de influencias negativas —aunadas a otras circunstancias, como un ambiente social violento— se convierte en generadoras de conductas antisociales y destructivas que no sólo se derivan de errores en la crianza paterna, sino que son conscientemente o no promovidos por los padres, ya sea porque corresponden a una percepción distorsionada de su ubicación social.

Según Escalante y López (2002), cuando se habla de tipos de familia, podríamos hablar únicamente de dos: las que cumplen plenamente su función social y que habremos de definir las como familias solidarias y las que no cumplen con tal función, que se podrían llamar familias deformantes.

□ Familias solidarias

Este tipo de familia es la que determina la construcción de individuos biológica, social y psicológicamente sanos, porque cumple con sus funciones y crea un ambiente propicio para el desarrollo de las potencialidades de los individuos que la conforman. Una familia solidaria maneja con mayor acierto sus conflictos, su flexibilidad le permite rescatarse ante los problemas, corrige con mayor oportunidad, se equivoca menos, y, cuando lo hace, sus equivocaciones suelen ser menos graves.

La familia solidaria se caracteriza por su capacidad de conexión afectiva, por su sensibilidad al reconocer la trascendencia de su actuación y de las posibles consecuencias de sus errores en la vida futura de los hijos. Permite y estimula el desarrollo individual, reconociendo las características propias, los talentos personales y las diferentes formas de pensar y actuar de todos los que la componen. Sus relaciones son íntimas y significativas, basadas en el amor, entendiéndose como la capacidad de desarrollar el crecimiento de los demás miembros familiares, con plena conciencia e intencionalidad (Escalante y López, 2002).

□ Familias deformantes

La clasificación como familia deformante tiene como principal intención explicar de manera puntual y clara las dinámicas familiares que no favorecen el adecuado y sano desarrollo de los hijos y muestra de alguna manera las consecuencias que generan. Este tipo de familias generan condiciones poco favorecedoras para un crecimiento sano y el desarrollo de potencialidades individuales. Dentro de este tipo de familias, existen cinco subtipos, las cuáles tienen la posibilidad abierta de auto corrección o de buscar la asesoría profesional para atender sus dificultades, considerando que viven bajo un mismo techo y pueden detectar por sí mismos la inadecuación de su grupo familiar (Escalante y López, 2002).

- a) Familia discordante: se refiere a aquellos grupos familiares que manifiestan una gran incompatibilidad afectiva y de percepción de la vida, expresando marcada desarmonía en la pareja, que con frecuencia culmina con su separación. Sus problemas se centran en los ámbitos afectivo, emocional, sexual y de apreciación de la existencia común. A pesar de poseer características positivas en otros renglones, entorpecen gravemente las relaciones interfamiliares, especialmente al no resolver con claridad su problemática.

- b) Familia insegura: tiene como característica principal ser un grupo emocionalmente inmaduro, con normas de convivencia convencionales, con mucha preocupación por la descalificación social, con sentimientos de inferioridad y con excesivo interés por la aceptación de los demás. Tales características hacen a sus miembros víctimas fáciles del rechazo y la reprobación de los demás, al convertirse en un grupo susceptible a ello, lo cual afecta considerablemente a sus miembros en aspectos fundamentales, como la seguridad personal, la autoestima y la autenticidad.
- c) Familia tiránica: su constitución es claramente paranoide; se trata de un tipo de grupo familiar excesivamente preocupado por el control de sus miembros; ese control es ejercido por la persona dominante (generalmente el padre y, con menor frecuencia, la madre). Sus características principales son la rigidez disciplinaria, la ambición ciega, el egoísmo que ignora las necesidades individuales, el alto nivel de agresividad, el control exagerado y la consecuente codependencia, que tiende a anular la personalidad de los hijos.
- d) Familia traumatizante: expresa graves problemas en sus relaciones interpersonales, alto grado de violencia física o verbal. Escasa conciencia de lo patológico de sus relaciones y extraordinaria inmadurez. Es frecuente encontrar en este tipo de familia a padres que fueron a su vez hijos maltratados. Probablemente sea el tipo que genera más individuos violentos, como resultado final, siendo necesaria la atención de estos problemas en centros contra la violencia intrafamiliar; el acoso moral es una de sus principales características.
- e) Familia explotadora: se maneja con base en la extorsión y el chantaje emocional de los padres hacia los hijos; sus relaciones afectivas son superficiales y poco significativas; sus miembros son inseguros, poco auténticos, muy dependientes, culposos y temerosos. Fundamentan su satisfacción en la obtención de bienes materiales obtenidos a través de la manipulación.

Estos tipos de familia entrañan formas características de interacción entre sus miembros; éstas dictarán y regirán el tipo de relación que se tenga en la familia, lo cual —como ya se ha ido mencionando— influye de manera seria y determinante en la vida y forma de ser de los individuos.

1.2 FAMILIA Y ADOLESCENCIA

Los niños no tienen la misma capacidad de autoprotección que los adultos y dependen directamente de ellos para la satisfacción de sus necesidades. Las más evidentes son las necesidades fisiológicas, como estar bien alimentado, dormir suficiente tiempo, tener una higiene adecuada, recibir cuidados sanitarios o estar protegidos de distintos peligros que pueden atentar contra su salud. Otras necesidades son de carácter cognitivo; entre ellas podemos encontrar la necesidad de estimulación sensorial o de exploración del mundo físico y social y de comprender la realidad. Por último, tendríamos que señalar las necesidades emocionales y sociales, entre las que la seguridad emocional proporcionada por el establecimiento de un vínculo de apego con las personas responsables de su cuidado ocupa un lugar preferente, siendo también muy importante el establecimiento de relaciones con los iguales (López, et. al., citado por Oliva 2002).

Ante estas explicaciones de las necesidades que tiene el niño, una vez más surge la importancia de la familia para la satisfacción de estas necesidades, sale a la luz la codependencia que tienen los niños con su entorno, específicamente, con los padres y la importancia, responsabilidad y compromiso que deben tener en el manejo y formación de los hijos. Es importante destacar que las necesidades y la codependencia nunca dejan de existir, simplemente cambian a lo largo de la vida, pero, especialmente, en la adolescencia es cuando se presenta un giro muy importante en dichas necesidades. Aunque las mayores competencias del adolescente lo dotarán de una mayor autonomía e hicieran que muchas de las necesidades de la infancia desaparezcan o puedan satisfacerlas por sí mismos, surgirán otras nuevas cuya satisfacción será muy importante para que el adolescente pueda convertirse en un adulto saludable y ajustado (Oliva, 2002).

La adolescencia es vital, es el punto clave para determinar la personalidad del individuo, su forma de comportarse, sus valores, etc., una etapa en la que una superación satisfactoria dependerá en gran medida de bases sólidas formadas y construidas por su entorno, específicamente por el ambiente familiar en el que se desarrolló a lo largo de su infancia. Durante la adolescencia se presentan cambios importantes en todos los niveles, físicos, emocionales, sociales, etc. Pero en especial el desarrollo psicosocial es de vital importancia durante la adolescencia, ya que representa el proceso de aprendizaje acerca de sí mismo en relación con los compañeros y los adultos en general, en donde el individuo desarrolla su identidad y su independencia física y psicológica, que de acuerdo con la edad de los individuos tienen características diferentes (Florenzano, citado por Bartolo, 2002):

- a) Adolescencia temprana: 10-13 años en donde se tiene menor interés en los padres, intensa amistad con adolescentes, ponen a prueba la autoridad y tienen necesidad de privacidad. Aumentan las habilidades cognoscitivas y el mundo de fantasía, tienen fallas en el control de impulsos y metas vocacionales irreales. Están preocupados por los cambios pre puberales e incertidumbre acerca de su apariencia.
- b) Adolescencia media: 14 a 16 años en donde se encuentran en un período de máxima interrelación con el grupo de pares, conflicto con los padres y aumento en la experimentación sexual. Tienen sentimientos de invulnerabilidad y conductas omnipotentes generadoras de riesgos. Preocupación por la apariencia y deseos de poseer un cuerpo más atractivo.
- c) Adolescencia tardía: 17 a 19 años se encuentran emocionalmente próximos a los padres y a sus valores, las relaciones íntimas son prioritarias y el grupo de pares se vuelve menos importante. Desarrollo de un sistema de valores, metas vocacionales reales, identidad personal y social con capacidad de intimar. Aceptación de la imagen corporal.

La forma en la que los adolescentes reaccionan ante tantos cambios dependerá en gran medida de la formación que hayan tenido a lo largo de la vida, es decir dependerá una vez más del entorno, del núcleo familiar, pese a que las manifestaciones conductuales durante este período son variables y en gran parte están influidas por el medio ambiente familiar, social y cultural. Debido a los cambios propios de su desarrollo, la conducta de los adolescentes es frecuentemente percibida como inestable, impulsiva y vulnerable (Carbajal; Amanat y Beck, citado por Bartolo, 2002).

Esta etapa, debido a todos los cambios que se presentan, es difícil para todos y además se encuentran en una etapa en la que no saben quiénes son, cómo quieren ser, qué camino tomar y cuál no. Se encuentran en cierta indefinición personal, entre la dependencia y la independencia, entre la desobediencia y la rebeldía, se encuentran en constante conflicto con las figuras parentales. Ante esta necesidad constante por establecer su propia personalidad, en ocasiones cometen actos que transgreden las normas establecidas por los adultos, esto con la finalidad de probar, medir y, en ocasiones, retar a la autoridad.

Los adolescentes tienen la necesidad de auto experimentar, es decir, de probar el conocimiento recién adquirido, aprender de su propia experiencia y poner a prueba la omnipotencia depositada en su grupo, lo cual favorece que en este periodo de vida, prive la acción sobre el pensar o la reflexión, y convierte al individuo en mayor o menor grado en un

sujeto altamente vulnerable y candidato a enfrentar peligros y aventuras que ponen en riesgo su integridad personal (Carbajal, citado por Bartolo, 2002).

Existe un factor clave para los adolescentes durante esta etapa, y es algo que al parecer es sencillo, pero que en la práctica cuesta trabajo, y es el hecho de que la familia cumpla con las funciones antes mencionadas. Si la familia le brinda al adolescente seguridad, afecto, respeto, si se establecen bases firmes en relación con los valores y las normas, si se establecen límites claros y, sobre todo, si se predica con el ejemplo, el adolescente tendrá claro por qué es mejor seguir el camino que sus padres y su entorno le han trazado y no con cualquier otro. Por lo que una vez más queda muy claro el papel tan importante que juega la familia para evitar que los individuos elijan un camino equivocado. Esto es realmente un reto y un conflicto constante, ya que como menciona D' Angostino (2001), la sociedad constantemente intenta imponer normas totalmente contrarias a las establecidas por el núcleo familiar, si la sociedad encarnara verdaderos valores, el camino sería más sencillo, pero esto lamentablemente por ahora no se da. Desgraciadamente la influencia de la sociedad es muy fuerte, de ahí que debemos cuidar y fortalecer las bases de la estructura familiar.

Es importante destacar que aunado a todos los cambios que se presentan durante la adolescencia, también se pueden observar cambios en la forma de educar y esto implica un reto más para los padres, ya que no es lo mismo ser padre de un adolescente que ser padre de un niño, y tampoco es lo mismo ser un hijo niño que ser un hijo adolescente, y todo esto debido también a los propios cambios de la adolescencia.

Simplemente las capacidades cognitivas del adolescente están mucho más desarrolladas que las del niño, el poder del adolescente es mucho mayor que el del niño, tanto el poder físico (incluida su capacidad para una represalia física efectiva si el progenitor lo ataca), como el poder de acariciar el conflicto familiar e influir en él, de abandonar a la familia, de dañarse a sí mismo y a los demás, de poner a los padres en situaciones difíciles y de compararlos con otros adultos; el adolescente tiene un mundo social más amplio con el que los padres deben entenderse. Los adolescentes son capaces, además, de pensar en forma abstracta sobre su propia conducta, su familia, sus estudios y la sociedad en general. Los adolescentes están en condiciones de sopesar puntos de vista alternativos y evaluar con independencia las motivaciones ajenas. Esto implica que están mejor dotados para discutir los problemas familiares y tienen una visión mucho más objetiva que antes sobre las motivaciones de sus padres (Garbarino, Eckenrode y Levin, 1997).

Uno de los principales aspectos que se deben cuidar durante esta etapa es la influencia de los pares, ya que debido a la necesidad de los adolescentes de alejarse de sus padres y de su entorno familiar, se unen más a sus coetáneos, los cuales se vuelven de alguna manera en la influencia primordial para el adolescente, por lo cual se deben tener muy sólidas las bases establecidas por la familia. Además es muy importante destacar que los valores y normas de esta subcultura de los jóvenes divergen de los del mundo adulto y tengan en sí mismos una uniformidad propia, esto forma el contexto en el cual los adolescentes practican sus relaciones interpersonales con amigos, parejas y conocidos (Garbarino et al., 1997).

La crisis de la adolescencia es un proceso normal que se desenvuelve en el contexto familiar y social, que si no se resuelve adecuadamente puede desencadenar una auténtica confusión de roles. De ahí que no podemos considerar al adolescente y a sus conductas actuales fuera del contexto familiar y social del mundo que le tocó vivir. La avidez por nuevas experiencias y los "modelos" que se ofrecen hoy de "pseudo-familias", con todos los antivalores que contienen, hacen que esta crisis salga de su cauce normal para ser fuente de patología (D'Angostino, 2001).

Aunque a partir de la pubertad se produce un relativo distanciamiento de los padres (Steinberg y Silverberg, citado por Oliva, 2002), los adolescentes aún necesitan su cariño y apoyo para afrontar los numerosos retos de estos años con la suficiente seguridad emocional.

Es importante destacar este punto porque se cree que como ya son adolescentes, no necesitan más del apoyo de los padres, pero la realidad es otra, ya que es en este momento cuando más necesitan que se les demuestre cariño, afecto, respeto y apoyo, es evidente que de una manera totalmente diferente a la que necesitaban cuando niños, pero es importante mantenerse al pendiente de ellos, sobre todo por la influencia tan grande que la sociedad -específicamente los pares- ejercen sobre ellos y evitar que la influencia de estos sea negativa, como puede ser el consumo de drogas o la presencia de conductas antisociales, entre otras.

Sin embargo, es frecuente que las relaciones familiares se deterioren durante estos años y algunos padres desarrollen hacia sus hijos estilos educativos que se caracterizan por carecer del apoyo o de la supervisión necesaria. También manifiestan los adolescentes la necesidad de disponer de una mayor autonomía y unas mayores posibilidades de tomar decisiones y participar de forma activa tanto en el entorno familiar como en el escolar y social. Estas mayores capacidades y esta búsqueda de una mayor autonomía no siempre se ven facilitadas por los adultos, que tienden a considerar amenazante la libertad y autonomía del

joven. Así, algunos estudios encuentran que la llegada a la pubertad puede acarrear, especialmente para las chicas, un aumento de las restricciones por parte de padres y educadores (Noller, Simmons y Blith, citado por Oliva, 2002), lo que suele llevar al surgimiento de conflictos tanto en el entorno familiar como en el escolar (Oliva, 2002). Pese a todos los cambios que trae consigo la adolescencia, si se establecen relaciones sólidas, de apoyo, cariño y comprensión los adolescentes tendrán un desarrollo que favorezca su crecimiento, de lo contrario se generarán un sin fin de problemáticas las cuales comienzan con problemas familiares que afectarán de manera importante en el individuo, máxime, si éste se desenvuelve en un entorno negativo (social, de pares y familiar) convirtiéndose entonces la problemática en un riesgo constante para la persona.

1.3 FACTORES DE RIESGO Y PROTECCIÓN FAMILIAR DURANTE LA ADOLESCENCIA

Los factores de riesgo se refieren a ciertas características o cualidades de una persona que se encuentran unidas a una elevada probabilidad de presentar ciertas conductas que puedan dañar su salud o, bien, que le impidan tener un adecuado desarrollo. A diferencia, los factores protectores son condiciones o entornos que tienen la capacidad de fortalecer o bien favorecer el desarrollo de los individuos, reduciendo los efectos de circunstancias desfavorables, así los factores de riesgo son elementos predictores y no implican causa directa o lineal.

Es necesario tener en cuenta que ningún factor de riesgo por sí solo permite predecir adecuadamente la conducta problemática, sino que es la interacción de factores de los diversos contextos en los que el adolescente se desenvuelve los que en conjunto pueden explicar la presencia de la conducta; es decir, los distintos factores interactúan, se modulan y se influyen entre sí (Bartolo, 2002). Aterrizando estas cuestiones con el tema de la familia, debemos tener muy claro que el hecho de desenvolverse en un ambiente familiar lleno de violencia, de poca comunicación, hostil, por sí solo no ocasionará la presencia de conductas antisociales en los jóvenes, pero si estas circunstancias se presentan junto con el hecho -por ejemplo- de que el adolescente esté en un núcleo de amigos sin padres, que viven en las calles, drogadictos y que presentan claras conductas antisociales, es muy probable que este joven también presente dichas actitudes y conductas, aunque no forzosamente. Lo que sí es claro es que tiene mayores posibilidades de presentarlas.

Es importante destacar que la forma en la que los factores de riesgo influyen en la conducta presentan diferentes mecanismos. Por un lado, la influencia puede ser directa, como cuando los amigos refuerzan la conducta delictiva, es decir que aprueban de manera positiva la conducta, por lo que el individuo tendrá mayores probabilidades de llevar a cabo la conducta sin necesidad de que se presente otro tipo de proceso, ya que por sí sola es aprobado por los amigos. Otra forma sería por medio de influencia indirecta, puede ser un ambiente no favorecedor o desviado, el cual de manera indirecta, puede orillar al individuo a realizar conductas desviadas, por ejemplo, pueden orillar al joven a pasar más tiempo en la calle, lejos de su casa y por consecuencia a relacionarse con amistades que tengan problemas o que presenten conductas antisociales.

Es por esto que el ámbito familiar ha sido uno de los más estudiados para buscar factores de riesgo o factores de protección. No debemos olvidar que la familia es el contexto primario de socialización para el individuo, asimismo, constituye una fuente transmisora de valores y perspectivas del mundo e instaura las primeras normas de conducta. Por ello, la familia ha sido uno de los contextos centrales en la explicación de la conducta de los individuos (Blackson, Trater, Loeber, Ammerman y Windle; Coughlin y Vuchinich; Dishion y Capaldi; Dishion, Duncan, Hedí, y Fagot; Whitbeck, citado por Bartolo, 2002).

Los factores de riesgo en relación con la familia están agrupados en las dimensiones de contexto, parentales y de pareja. Los factores contextuales de riesgo enmarcados entre las variables demográficas aluden a características propias de la familia en sí, y otorgan información sobre las relaciones entre ésta y el contexto social. Es importante para el desarrollo de la conducta antisocial la estructura familiar, especialmente las unidades uniparentales y las extensas: divorcio, muerte de uno de los padres y -en el caso de familias extensas- uniones sucesivas o simultáneas (Rodríguez y Naranjo; Amato y Keith; Melo, citado por Cuevas, 2003). La investigación existente indica que las prácticas disciplinarias mediante el castigo físico, las amenazas y las órdenes injustificadas están relacionadas con conducta hostil, interacciones agresivas con pares y comportamiento disruptivo de los niños (Patterson; Dishion, citado por Cuevas, 2003). Pero no debemos olvidar nunca que la influencia que tienen los factores familiares es indirecta y no es la causa directa de presentar, por ejemplo, conductas antisociales, sino que la relación de estos aspectos con otras circunstancias es la que genera mayores probabilidades de presentarlas.

La inconsistencia parental en las pautas de manejo del niño en relación con normas y aplicación de incentivos y castigo está vinculada con la efectividad en las funciones parentales y calidad de las relaciones de la pareja y entre padres e hijos (Sines; Lamb y cols.; Hernández y Núñez; Babock y cols., citado por Cuevas, 2003). Cuestiones que se pueden considerar como protección o escudo ante circunstancias poco favorecedoras. Es importante mencionar que la familia "sana" se constituye en el elemento estructurante, y en este sentido irremplazable porque educa en y para el amor, y desde el amor para el desarrollo de una personalidad sana. Una familia viviendo los valores y brindando seguridad, afecto, respeto, límites y verdaderos modelos, hace que los niños lleguen a adolescentes con una carga suficiente como para superar satisfactoriamente la etapa. Si la familia da a sus hijos todos los elementos para consolidar su propia personalidad, esos hijos tendrán un piso desde el cual dar el salto (D'Angostino, 2001).

Como se ha ido mencionando, existen circunstancias que generan mayores probabilidades de desarrollar conductas desfavorables, las cuales les impide el buen funcionamiento y crecimiento como personas, y aunado a todas las circunstancias anteriores, el maltrato de manera específica es uno de los factores que más influencia directa tiene para que los adolescentes cometan conductas antisociales, consumo de drogas y una gran cantidad de conductas negativas. Por lo que es de vital importancia llevar a cabo un análisis exhaustivo de las causas y consecuencias del maltrato.

CAPÍTULO 2: EL MALTRATO

➤ 2.1 : Maltrato infantil

Ante la relatividad cultural y las numerosas conceptualizaciones que giran en torno al maltrato infantil, es importante poner énfasis en la satisfacción de las necesidades de los niños al momento de definir qué es maltrato. Esto implica considerar los siguientes criterios en la definición de maltrato (Lira, 1999):

a) Perspectiva Evolutiva: el comportamiento parental debe ser considerado en relación a la etapa evolutiva del niño, ya que es diferente abandonar a un niño de tres meses, que a un adolescente. Ya que dichas conductas que podrían ser apropiadas para la crianza de niños pequeños (como un alto grado de coacción) pierden sentido y propiedad tratándose de jovencitos. (Garbarino y Eckenrode, 1997).

b) Presencia de Factores de Vulnerabilidad del Niño: para hablar de maltrato se deben considerar las necesidades específicas del menor, es decir, si un niño posee una enfermedad crónica, va a requerir cuidados diferentes en comparación a uno sano.

c) Existencia de un Daño Real o Potencial: la presencia de daño es uno de los criterios más difícil de comprobar; en general el maltrato físico es el tipo de maltrato que presenta menores dificultades para ser comprobada su ocurrencia, ya que hay signos físicos que evidencian su presencia. Sin embargo, generalmente se ignora el daño psicológico, que a veces es permanente y tremendamente incapacitante. En la actualidad, muchas definiciones incluyen el daño potencial, como un criterio para establecer la presencia de maltrato.

Es difícil establecer una definición del maltrato, ya que ésta dependerá de una gran diversidad de factores, por lo que es importante analizar los diversos modelos que puedan explicarlo para poder así establecer una definición satisfactoria que englobe todos los aspectos que involucran el maltrato.

2.1.1 MODELOS DEL MALTRATO INFANTIL

Históricamente han existido diversas ideas que intentan explicar la conducta del maltrato hacia los niños. Para esto existe una gran cantidad de conductas que intentan explicar las razones por las cuales los padres maltratan a sus hijos (Lira, 1999):

1) Modelo psicológico-psiquiátrico

Los niños son maltratados por sus padres debido a la presencia de alguna enfermedad psiquiátrica por parte de éstos, como la psicosis. Actualmente existe gran difusión ante la idea de que el maltrato se debe a patologías de los padres.

Las investigaciones a nivel mundial realizadas con esta hipótesis han comprobado que entre un 10% a un 15% de los maltratadores tienen algún tipo de trastorno mental. A pesar de esto, en una gran cantidad de estudios se ha asociado el maltrato a una serie de características de personalidad, que no reflejan una patología, sino un estado de desajuste emocional con síntomas depresivos, ansiedad, baja autoestima, además de dificultades en la estrategia para enfrentar los problemas (Lira, 1999).

2) Modelo psicosocial

El maltrato se relaciona con el tipo de interacción que tienen los niños con su familia. Gran cantidad de estudios afirman que la mayor parte de los padres que golpean a sus hijos fueron niños maltratados durante su infancia. De acuerdo con esto, se establecen cuatro factores asociados al maltrato:

- ▲ Repetición de una generación a otra de pautas de comportamientos violentos.
- ▲ Percepción de que el niño no es digno de ser amado o niño desagradable.
- ▲ Creencia que el castigo físico es adecuado para corregirlos.
- ▲ Períodos de crisis familiar o social, poco soporte social de los padres.

3) Modelo sociocultural

Se hace gran énfasis a los factores sociales, económicos y culturales, en su relación con el maltrato. Se sostiene que en los sistemas culturales siempre ha existido un conjunto de creencias religiosas o ideológicas que justifican los malos tratos por razones educativas.

- Factores Sociales: El deseo de pertenecer a una determinada clase social es generador de estrés, lo que implica un riesgo para situaciones de maltrato; al igual que acontecimientos ligados a la cesantía, inestabilidad en el trabajo e insatisfacción laboral, que son causas de tensión y pueden desencadenar la violencia.
- Factores Culturales: Ciertas creencias validan como modelo de aprendizaje la violencia física. Tal error se debería a la convicción de que en la educación de los niños, el recurso de la fuerza física es legítimo; además de existir el convencimiento de que los niños pertenecen a los padres, teniendo éstos un derecho absoluto sobre ellos y sus destinos. Dichas convicciones estarían avaladas por creencias religiosas, teorías psicológicas o por la llamada tradición.

4) Modelo centrado en la vulnerabilidad del niño

El tipo de relación que se establece entre el niño y sus padres se encuentra determinada por la actitud de los padres y por características específicas de los hijos, las cuales se cree que contribuyen por sí mismas a que sean maltratados.

Las investigaciones más comunes asocian la pre madurez y el bajo peso al nacer con la ocurrencia del maltrato; los resultados confirmaron que el llanto de los niños prematuros provoca incomodidad, irritación y enfado en los padres. El proceso por el cual el llanto podría conducir al maltrato físico, se debe a que los niños que lloran incesantemente y que son difíciles de consolar, pueden llegar a generar rechazo de parte de sus padres. Este planteamiento asume que las madres que establecen vínculos afectivos con su hijo desde el nacimiento, serán más sensibles a las señales y necesidades del bebé, siendo más capaces de controlar sus propias tendencias a la irritabilidad y a la agresión (Lira, 1999).

También se señalan algunas características especiales en los niños que provocan mayor probabilidad de conducta maltratadora de los padres (Lira, 1999):

- Desventajas físicas.
- Desventajas psíquicas.
- Enfermedades frecuentes y severas.
- Hiperactividad.
- Retraimiento.
- Problemas del sueño.
- Problemas en la alimentación.

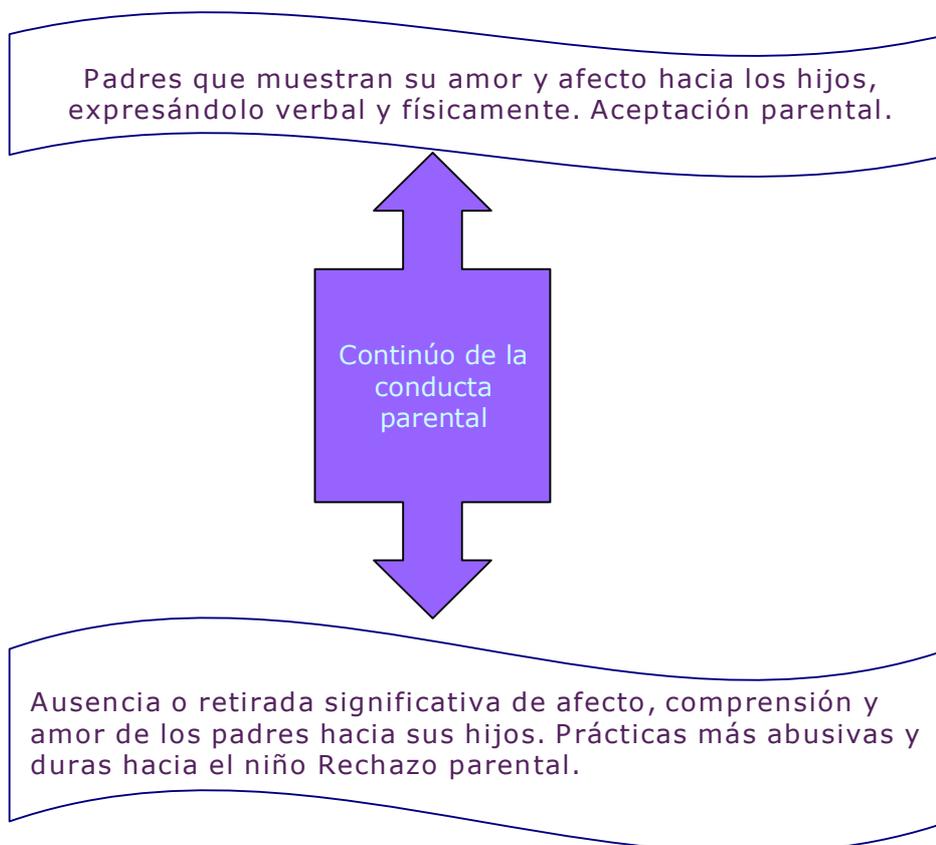
5) Modelo de los estilos disciplinarios parentales

La manera en la que los padres actúan para educar a sus hijos está establecida de manera natural, es decir que existen padres que por naturaleza son agresivos y abusivos, mientras que por el otro lado existen los que son buenos y consoladores. Originalmente se creía que esto era una dicotomía, o eras malo, abusivo y negligente, o bien, eras bueno, cariñoso y adecuado. En la actualidad ya no existe una dicotomía, sino que se han tratado de analizar dichas conductas como un continuo, en un extremo se encuentran las prácticas más duras y abusivos mientras que en el otro extremo se encuentran aquellas que fomentan el buen desarrollo del niño.

Este modelo explica que el maltrato depende de la manera en la que los padres utilizan estrategias positivas o bien negativas para el control de sus hijos. Por lo que se puede concluir que las prácticas habituales de crianza pueden desencadenar el maltrato por parte de los padres.

Existirían dos dimensiones de un continuo de la conducta parental, en un extremo estarían los padres que muestran su amor y afecto hacia los hijos, expresándolo tanto verbal como físicamente, mientras que en el otro extremo se encontrarían los padres que sienten aversión, desaprueban o se sienten agraviados por sus hijos (Lira, 1999) (Figura 1):

FIGURA 1



Por su parte, el rechazo parental (Figura 2) se define conceptualmente como la ausencia o retirada significativa de afecto, comprensión y amor de los padres hacia sus hijos y puede tomar tres formas: hostilidad y agresión, indiferencia y negligencia, y rechazo indiferenciado, el efecto que puede llegar a tener este rechazo en los niños se relaciona con problemas en los sentimientos de autoestima y de auto adecuación en los menores, con inestabilidad emocional y con una visión negativa, amenazante y poco segura del mundo (Lira, 1999).

FIGURA 2



Existen diferentes formas para ejercer la disciplina por parte de los padres dependiendo de su personalidad, por lo que existe tres categorías de padres (Lira, 1999):

a) Padres con autoridad democrática: Ejercen un firme control cuando es necesario, explicando a sus hijos su posición y animándolos a expresar sus sentimientos y pensamientos. Se encontró que estos padres se sienten seguros de su capacidad para guiar a sus hijos, mientras respetan los intereses, opiniones y personalidad única de los mismos. Combinan el control, con apoyo y amor. Estos niños serían más asertivos, curiosos y satisfechos, con más confianza en sí mismo y autocontrol.

b) Padres autoritarios: Valoran sobre todo, la obediencia incuestionable y castigan a sus hijos física y emocionalmente si no se cumple con esta regla. Son padres fríos controladores y distantes. Los menores que se han relacionado con este tipo de padres presentarían, actitud de recelo, descontento e introversión.

c) Padres permisivos, rechazantes y negligentes: Establecen pocas reglas y límites, el grado de exigencia impuesta hacia sus hijos es mínimo, y les permiten a éstos hacer lo que quieran y cuando quieran. Son padres indiferentes y ausentes. Los hijos de este tipo de padres presentarían baja confianza en sí mismos, con muy poca tolerancia a la frustración, mínima capacidad de autocontrol y poca curiosidad.

Al igual que las categorías dependiendo de la personalidad del padre, dentro de los estilos parentales al interior de la familia, se identifican tres dimensiones principales para ejercer la disciplina (Lira, 1999):

a) Disciplina inductiva o de apoyo: En el ejercicio de hacer cumplir este estilo disciplinario los padres no pierden de vista el mantener relaciones afectuosas con sus hijos, el razonamiento para llegar a acuerdos con estos y las recompensas. El estilo inductivo o de apoyo se considera como el método más efectivo en términos de desarrollo psicosocial y la reducción de conflictos entre padres e hijos. Este estilo de educación posibilita que los niños se desarrollen con mayor capacidad de autocontrol, y mejor estabilidad psicosocial para su interacción con el medio.

b) Disciplina coercitiva: En este estilo disciplinario los padres utilizan la coerción física, la amenaza verbal y las privaciones dirigidas hacia los menores para mantener la disciplina al interior de la familia. Este estilo puede desencadenar reacciones padre-hijo problemáticas, con repercusiones en el desarrollo normal del niño.

c) Disciplina indiferente o negligente: En el ejercicio de este estilo disciplinario, los padres se demuestran más bien indiferentes, permisivos y pasivos, respecto de la relación con sus hijos. Al igual que el estilo anterior, puede llegar a generar pautas de relación padre-hijo problemáticas, afectando al desarrollo sano del niño.

Estos dos últimos estilos, uno por opresión y otro por indulgencia, no permiten que el niño adquiera el conocimiento real de las normas y exigencias del mundo exterior, lo cual le impide adaptarse, independizarse e interactuar de forma adecuada con el medio. Además no podemos olvidar que el maltrato surge como consecuencia de una distorsión general del medio ambiente en el que el niño se desarrolla y del tipo de interacción que existe, de ahí que no se puede analizar el problema de manera aislada o enfocándose a un solo miembro de la familia. Debemos de recordar constantemente que no es necesario llegar hasta los golpes para decir que existe maltrato, con comentarios cotidianos que se dan dentro del núcleo familiar, es suficiente para dejar huella y afectar al niño.

El problema del maltrato es un problema serio, especialmente por las consecuencias tan graves que trae para el niño, problemas emocionales graves, adicciones, conducta antisocial, etc., es por eso que se debe entender de manera clara en qué consiste el problema del maltrato, pero de manera global, por lo que es necesario analizar dicha problemática desde una perspectiva integradora, ya que -se mencionó anteriormente- el problema se encuentra dentro de la interacción familiar y no en un solo miembro, es decir, es la expresión de una disfunción en el sistema que involucra a padres, niño, ambiente y cultura.

Sin embargo, la comprensión del maltrato a infantes debe ampliarse desde las pautas de interacción de la familia hasta la inclusión del entorno social en la que ésta se encuentra inmersa. Lira (1999) comenta algo que nunca debemos olvidar para analizar cualquier problemática familiar, y es que la relación del sistema familiar con su entorno es bidireccional, lo que significa que las condiciones del entorno influyen en la vida familiar, y los cambios que ocurren en la familia facilitan los cambios en el entorno, tratando éste de ajustarse a los nuevos patrones familiares.

Considerando este punto de vista, podemos analizar, para comprender el difícil proceso del maltrato, desde las personas que están a cargo del cuidado del niño hasta la forma en la que la familia interactúa con el medio social y cultural en el que se desenvuelve, ya que todos estos aspectos pueden influenciar tanto positiva como negativamente la forma en la que cada uno de los miembros del núcleo familiar interactúan.

Ante estas posibles explicaciones de la etiología del maltrato, Lira (1999) menciona que existen factores de riesgo. Los cuales, junto con la exposición a ambientes sociales negativos, aumentan la probabilidad de presentar ciertas conductas negativas y a su vez factores de compensación o bien de protección ante situaciones de maltrato:

1) Factores de riesgo

a) Desarrollo ontogenético

El desarrollo ontogenético representa la herencia que los padres traen consigo al sistema familiar. Aspectos tales como historia de malos tratos y/o desatención severa, rechazo emocional, carencias afectivas en la infancia, ausencia de experiencias en el cuidado del niño, ignorancia sobre las características y necesidades evolutivas del niño, e historia de desarmonía y ruptura familiar.

b) Microsistema

Representa el contexto inmediato, donde tiene lugar el maltrato, es decir la familia. Involucra todo tipo de relación que se puede presentar dentro del núcleo, por un lado se encuentra a la madre y al padre y sus respectivos problemas psicológicos, falta de capacidad empática, poca tolerancia al estrés y estrategias de aprendizaje inadecuadas, así como los conflictos maritales, desajustes en la relación, violencia y agresión. Por el otro, se encuentra el niño, su prematurez y/o bajo peso al nacer, su apatía, temperamento difícil o bien la hiperactividad y en gran medida la interacción madre-padre e hijo, la cual puede ser un constante círculo de agresión y conflicto.

c) Ecosistema

Representa las estructuras sociales, tanto formales como informales. Comprende factores relacionados con el trabajo, el desempleo, la insatisfacción laboral y la tensión en el trabajo; la vecindad, el aislamiento y la falta de soporte social.

d) Macrosistema

El macrosistema representa los valores culturales y los sistemas de creencias que permiten y fomentan el maltrato infantil. Involucra crisis económica, alta movilidad social, actitud hacia la violencia, actitud hacia el castigo físico en la educación, valoración de la infancia, de la familia, de la mujer, y creencias sobre la paternidad y maternidad.

2) Factores de compensación o protección

Se refiere a todos aquellos factores que protegen y disminuyen la probabilidad de ocurrencia de disfunciones en la familia, como los malos tratos (Lira, 1999):

a) Desarrollo ontogénico

En este punto se encuentran factores como un nivel intelectual elevado, la elaboración de las experiencias del maltrato en la infancia, historia de relaciones positivas con un padre, habilidades y talentos especiales y habilidades interpersonales adecuadas.

b) Microsistema

Se consideran factores protectores como hijos física y psíquicamente sanos, apoyo de la pareja y seguridad económica. El establecimiento de modelos de interacción sanos y que brinden seguridad, apoyo y cariño a los individuos.

c) Ecosistema

En el ecosistema estarían los factores de apoyo social efectivo, escasos acontecimientos vitales estresantes, afiliación religiosa contenedora, experiencias escolares positivas, buenas relaciones con sus pares e intervenciones terapéuticas.

d) Macrosistema

Se considera como factor protector la prosperidad económica, las normas culturales opuestas al uso de la violencia y promoción del sentido de responsabilidad compartida en el cuidado de los niños.

De esta forma, el maltrato infantil puede ser comprendido desde una perspectiva multifactorial, en la cual las influencias de distintos factores de riesgo y compensación o protección se consideran simultáneamente (Lira, 1999). No debemos olvidar que la sola presencia de dichos factores no será la causa directa de maltrato en el núcleo familiar, simplemente son situaciones que pueden precipitar e influir en la presencia de ciertas conductas.

2.1.2 TIPOS DE MALTRATO INFANTIL

Cualquier tipo de maltrato infantil es inhumano. Los diferentes tipos de maltrato, definidos de múltiples formas, son (Lira, 1999):

- ψ Maltrato físico: Acción no accidental de algún adulto que provoca daño físico o enfermedad en el niño, o que le coloca en grave riesgo de padecerlo como consecuencia de alguna negligencia intencionada.
- ψ Abandono físico: Situación en que las necesidades físicas básicas del menor, (alimentación, higiene, seguridad, atención médica, vestido, educación, vigilancia, etc.), no son atendidas adecuadamente por ningún adulto del grupo que convive con él.

- ψ Abuso sexual: Cualquier clase de placer sexual con un niño por parte de un adulto desde una posición de poder o autoridad. No es necesario que exista un contacto físico (en forma de penetración o tocamientos) para considerar que existe abuso sino que puede utilizarse al niño como objeto de estimulación sexual, se incluye aquí el incesto, la violación, la vejación sexual (tocamiento/manoseo a un niño con o sin ropa, alentar, forzar o permitir a un niño que toque de manera inapropiada al adulto) y el abuso sexual sin contacto físico (seducción verbal, solicitud indecente, exposición de órganos sexuales a un niño para obtener gratificación sexual, realización del acto sexual en presencia de un menor, masturbación en presencia de un niño, pornografía...)
- ψ Maltrato emocional: Conductas de los padres/madres o cuidadores tales como insultos, rechazos, amenazas, humillaciones, desprecios, burlas, críticas, aislamiento, atemorización, hostilidad verbal que causen o puedan causar deterioro en el desarrollo emocional, social o intelectual del niño.
- ψ Abandono emocional: Situación en la que el niño no recibe el afecto, la estimulación, el apoyo y protección necesarios en cada estadio de su evolución y que inhibe su desarrollo óptimo. Existe una falta de respuesta por parte de los padres/madres o cuidadores a las expresiones emocionales del niño (llanto, sonrisa,...) o a sus intentos de aproximación o interacción.

2.1.3 FACTORES ASOCIADOS CON EL MALTRATO INFANTIL

El maltrato infantil está determinado por múltiples fuerzas que actúan en el individuo, en la familia, en la comunidad y en la cultura donde éste se desenvuelve, impidiendo o dificultando su desarrollo integral. Durante las últimas décadas se han realizado diversas investigaciones tendientes a detectar niños en situación de riesgo de ser víctimas de maltrato infantil, con el fin de poder realizar las intervenciones necesarias en todos los ámbitos posibles.

En la actualidad se han identificado factores sociales, familiares e individuales, tanto en los adultos como en los niños que podrían favorecer la ocurrencia de conductas maltratadoras hacia los infantes (Lira, 1999).

De esta manera, el nivel de riesgo que acompaña la aparición de maltrato en los infantes, va desde la mayor vulnerabilidad hasta la mayor protección del niño. Esto depende de la presencia de factores de riesgo y de mecanismos protectores, los que interactúan en cada

familia, determinando la mayor o menor probabilidad de que ocurra el maltrato. Dichos factores de riesgo son comunes a muchos de los problemas y trastornos de la salud mental de niños y adolescentes. Por lo que Lira (1999) identifica cinco niveles, en los cuales pueden existir factores de riesgo asociados a la aparición del maltrato a menores:

a) De los Padres

Padres maltratados, abandonados o institucionalizados en su infancia; padres con historia de conductas violentas; madre adolescente, de bajo nivel de escolaridad, con insuficiente soporte conyugal, familiar y social; padres o personas a cargo del cuidado del niño que padecen patología psiquiátrica, depresión, angustia, alcoholismo o adicción a drogas y padres con baja tolerancia al estrés y a la frustración

b) Del Embarazo

Embarazo no deseado, intención de interrumpir el embarazo, rechazo persistente del embarazo, indiferencia, deficiente auto cuidado, inasistencia a controles; embarazo de alto riesgo biológico y depresión post parto.

c) Del Niño

Recién nacido con malformación y/o prematurez; alteración de los primeros vínculos, alteración del proceso de apego; hospitalización precoz prolongada; portador de patología crónica y/o discapacidad física o psíquica; conducta difícil, hiperactividad, déficit de atención, bebés con cólicos severos, con período de llanto prolongado, con hábitos de comida y/o sueño irregulares; y niño no escolarizado, inasistente o con bajo rendimiento y/o fracaso escolar.

d) De la Familia

Familias monoparentales y/o con ausencia e insuficiencia de redes sociales de apoyo; familias con antecedentes de conductas violentas; discordancia entre las expectativas de la familia y las características del niño.

e) Del Entorno

La cultura y las tradiciones de cada país también influyen en la concepción que se tenga sobre el maltrato infantil. Por ejemplo, las formas de crianza en distintas culturas nos

demuestran qué cosas que nosotros hacemos y nos parecen naturales, en otras sociedades están ausentes casi totalmente. Condiciones de vida difícil, marginación, cesantía, pobreza; aceptación cultural de la violencia, lo cual se relaciona con los mitos y la actitud frente al castigo y ausencia o ineficiencia de redes sociales formales e informales, de acogida o de apoyo en la sociedad. Entre los problemas ambientales y socioeconómicos que pueden actuar como factores de riesgo para que se produzca una situación de maltrato se encuentran:

- Situación laboral: desempleo, inestabilidad laboral, horarios largos y excesivos, entre otras.
- Vivienda: hacinamiento, viviendas compartidas con otras familias, malas condiciones de habitabilidad, etc.
- Necesidades básicas insatisfechas, problemas de marginalidad, entre otras.

Se debe tener presente que los factores de riesgo para que se produzca una situación de maltrato dentro de una familia están referidos tanto a la estructura de la misma como al funcionamiento y a la dinámica de ésta. En cuanto a las condiciones de tipo estructural se encuentran número de integrantes de la familia, padres adolescentes, etc. Las malas relaciones y comunicación, la carencia de vínculos afectivos y la violencia familiar, son factores de riesgo relacionados con el funcionamiento de la propia familia. La inexistencia de límites o reglas familiares y la relación marital, pueden influir de manera negativa en la dinámica familiar, contribuyendo a que se produzca una situación de maltrato infantil.

Es importante destacar que ningún factor de riesgo explica por sí solo la aparición de conductas maltratadoras. Al mismo tiempo, no existe una asociación de factores que sea característica de alguna forma de maltrato, por lo que se requiere de la presencia de varios de ellos para que en un momento determinado se vea sobrepasada la capacidad de la familia, y surja la violencia hacia un niño o adolescente (Lira, 1999).

2.1.4 Consecuencias del maltrato infantil.

El maltrato, en todas sus formas de expresión, conlleva una serie de consecuencias que van más allá de las huellas físicas. Se identifican consecuencias a corto, mediano y largo plazo en el desarrollo psicosocial y emocional de los menores, las cuales se describen a continuación (Lira, 1999):

1) Consecuencia del maltrato físico.

Las consecuencias de golpes y maltratos físicos en general producen, daño físico, pero en el mismo instante del castigo se envían mensajes profundamente destructivos para la psique de las víctimas, ejerciendo un dramático impacto en áreas críticas del desarrollo infantil, con perjuicios presentes y futuros en el funcionamiento social, emocional y cognitivo.

El carácter altamente traumático del pánico, la impotencia, el terror, las frustraciones severas y prolongadas, acompañadas de dolor y del carácter impredecible del comportamiento del padre agresor, son huellas que constituyen secuelas psicológicas que se manifiestan de las siguientes formas:

a) Trastorno de la identidad

El niño golpeado puede tener una mala imagen de sí mismo, puede creer que él es la causa del descontrol de sus padres, lo que le llevará a auto representarse como una persona mala, inadecuada o peligrosa.

b) Autoestima pobre

Estos niños tienen sentimientos de inferioridad e incapacidad, lo que puede llegar a manifestarse en comportamientos de timidez y miedo, o por el contrario, con comportamientos agitados con el que trata de llamar la atención de las personas que les rodean.

c) Ansiedad, angustia y depresión

Ésta puede expresarse en trastornos del comportamiento, por miedo, ansiedad y angustia, o como síndrome de estrés pos-traumático. A veces, este trastorno puede estar enmascarado por mecanismos de adaptación a la situación. Estos niños desconfían de los contactos físicos, particularmente de adultos, y se alteran cuando un adulto se acerca a otros niños, especialmente si lloran. También presentan problemas de atención, concentración y tienen dificultad para comprender instrucciones. Estos menores desarrollan lentamente sentimientos de tristeza y desmotivación, pudiendo llegar a un estado anímico deprimido, con comportamientos autodestructivos, como la auto mutilación.

Los niños maltratados físicamente son significativamente más agresivos con sus iguales, y presentan altas tasas de conductas agresivas, como patear, gritar, comportamientos destructivos y desviaciones en la conducta prosocial.

2) Consecuencia del maltrato psicológico y negligencia

La negligencia es básicamente la ausencia o insuficiencia crónica de cuidados físicos, médicos, afectivos y/o cognitivos. Los niños tratados con negligencia se presentan sistemáticamente mal alimentados, sucios y mal vestidos. Habitualmente se quedan solos y sin vigilancia, no reciben la atención sanitaria adecuada, son víctimas de una privación psicoafectiva y de falta de estimulación cognitiva permanente. En general, los niños que sufren negligencia reciben también otros tipos de maltrato, especialmente físicos; y reciben mensajes que les indican que no son dignos de amor y de respeto. Este mensaje es reforzado por las palabras descalificadoras e hirientes que producen en el niño baja autoestima, sentimientos de inferioridad, de inadecuación, tristeza y ansiedad crónica.

Se ha observado que los niños que sufren del maltrato psicológico y/o negligencia de parte de sus cuidadores, son exageradamente temerosos y ansiosos; y las experiencias nuevas, aunque sean positivas, les provocan excitación y ansiedad desmesurada. Con poca frecuencia demuestran alegría o placer, y se caracterizan por aparecer siempre frustrados y tristes, además manifiestan sentimientos de fracaso y vergüenza frente a sus dificultades de aprendizaje.

El niño que no es amado, además de tener una mala imagen de sí mismo, percibe el mundo como amenazante y poco seguro. En la adultez, pueden presentar cuadros depresivos, ya que se ha constatado que una de las causas principales de la depresión es la privación afectiva durante la infancia, la cual puede ser enmascarada con otros trastornos conductuales.

Los niños maltratados psicológicamente desde la edad escolar son significativamente más propensos a mostrar retrasos en el desarrollo cognitivo que los niños no maltratados. Este fracaso se ha atribuido a la falta de estimulación y descalificación permanente de padres que se preocupan excesivamente de aspectos conductuales y de obediencia, en detrimento de las necesidades exploratorias y de estimulación necesarias para el desarrollo normal (Lira, 1999).

3) Consecuencias del abuso sexual

El abuso sexual de los niños constituye un área de investigación particularmente difícil y problemática, ya que cuenta entre sus componentes con el secreto, la vergüenza y la culpa, que ponen en evidencia aspectos controvertidos de la sociedad contemporánea, como la sexualidad, el poder, los valores y actitudes hacia la infancia, haciendo muy difícil el acceso a esta realidad.

El mayor reconocimiento social y profesional del abuso sexual ha incrementado el número de casos conocidos o denunciados, aún cuando las cifras corresponden a una pequeña parte de la incidencia real. Es difícil que las víctimas denuncien esto por las amenazas de castigo, el temor a que su experiencia no sea creída o a la culpabilización de la propia víctima, lo cual hace que el abuso se mantenga en un secreto difícil de denunciar.

El carácter traumático de los comportamientos sexuales abusivos se debe al hecho de que las conductas de los adultos se encuentran fuera de la experiencia habitual de los niños, transformando a la familia en un contexto confuso que altera sus percepciones, emociones, la auto imagen, la visión del mundo familiar y sus propias capacidades afectivas.

Los comportamientos abusivos producen un cambio en la percepción de los cuidados familiares, desde un ambiente protector a uno abusivo y sexualizado. Este ambiente es sentido por los niños como amenazante y confuso, produciendo en la víctima estrés, angustia y pérdida de energía. Los abusos se manifiestan en los menores como síntomas psicossomáticos, miedos, fobia, terrores nocturnos, enuresis, amenorreas, anorexia y conductas autodestructivas, psicodependencias, automutilación, e, incluso, el suicidio (Lira, 1999).

En el área psicológica aparecen síntomas como fugas o bloqueos emocionales, trastorno de la identidad sexual, crisis de rabia, desinterés, pérdida de la curiosidad y trastornos mnémicos. Del mismo modo, los mecanismos de defensa utilizados por la víctima para reducir o evitar el recuerdo y sufrimiento, asociado a los actos abusivos vivenciados, le llevan a reducir su contacto con el mundo exterior. Este estado corresponde a la "anestesia psíquica y emocional", descrita en el DSM IV, o a conductas evitativas como la reticencia a salir, detención de los juegos espontáneos y la pérdida de interés por actividades que antes eran gratificantes para la víctima. En el aspecto cognitivo aparece una caída brusca en el rendimiento escolar con trastornos de aprendizaje, de concentración y de atención (Lira, 1999).

En el ámbito conductual se presenta un extenso repertorio de conductas erotizadas, como seducción inapropiada, sexualización de las relaciones afectivas, dificultad para buscar pareja o compañero sexual, agresividad y delincuencia. Al mismo tiempo puede producir retraimiento y conductas regresivas, lenguaje inapropiado para la edad, masturbación precoz y exacerbada, promiscuidad y prostitución (Lira, 1999).

Finalmente, es importante destacar que el carácter transgresivo del abuso sexual hace que los hechos queden encapsulados en el espacio comunicacional de la familia, sin posibilidad de ser compartidos en el interior ni en el exterior. La regla impuesta es el silencio que organiza la relación de los componentes del sistema familiar, y garantiza la supervivencia de dicho sistema. El secreto supone la convicción de que las vivencias en cuestión son incomunicables, ya que entre las personas involucradas nace un compromiso implícito de mantener lo sucedido en secreto.

2.1.5 EL MALTRATO INFANTIL Y SU RELACIÓN CON OTRAS CONDUCTAS.

Existen tres corrientes de investigación y teorías que contribuyen a comprender la relación que existe entre el maltrato físico, el abuso sexual, el descuido y el presenciar actos de violencia (Widom, 2002):

1. La primera de carácter más histórico, procede de dos décadas de textos ingleses y estadounidenses y traza una imagen coherente de la niñez de los psicópatas en la que detectan una forma de perturbación temprana en las relaciones familiares. En este período en la búsqueda de las causas de la psicopatía, varios investigadores llamaron la atención sobre la importancia de las primeras relaciones sociales de los niños y destacaron ineptitudes de los padres como el maltrato y el descuido.
2. La segunda en la década de 1970, las investigaciones psicopatológicas dejaron la clínica y pasaron al laboratorio experimental, donde se estudiaron muestras elegidas de psicópatas, sobre todo de varones. A partir de la década de los 80's la elaboración de la lista de Verificación de las Psicopatías y los informes sobre sus cualidades psicométricas proporcionaron un importante instrumento de evaluación para incrementar los conocimientos en la materia

3. La tercera a comienzos de la década de 1960, se publicó un artículo notable sobre el síndrome del niño golpeado en el que se definía una condición clínica padecida por niños que habían sido lastimados deliberadamente por ataques de alguno de sus padres o responsables (Kempe, Silverman, Steele, Droegemueller y Silver, citado por Widom, 2002). Aproximadamente en la misma época, Curtis expresó la preocupación de que los niños maltratados por la brutalidad y el descuido de sus padres fueran, de sobrevivir, los asesinos de mañana y los perpetradores de otros delitos violentos (Curtis, 1963 citado por Widom, 2002). La noción de una transmisión de la violencia entre generaciones o ciclo de violencia se convirtió en la principal hipótesis de desarrollo en el campo del maltrato y el descuido infantil (Garbarino y Gilliam, citado por Widom, 2002).

Todos estos aspectos históricos han llevado a la proposición de varias teorías que explican el vínculo entre el maltrato infantil, la conducta antisocial y la observación de escenas de violencia como (Widom, 2002):

- ψ Desde el punto de vista psicoanalítico: conducta antisocial, el trastorno de personalidad antisocial y la psicopatía están relacionados con alguna forma de perturbación temprana en las relaciones familiares, ya fuera la pérdida de un padre, el rechazo o la privación emocional, castigos excesivos o técnicas disciplinarias inconstantes. La incapacidad del psicópata de mantener relaciones estrechas con los demás se atribuía a este primer rechazo infantil, a las pocas oportunidades de identificación con los padres y a la falta de experiencias de relaciones normales.
- ψ La teoría del aprendizaje social nos dice que la agresión física entre familiares proporcionaba un modelo para aprender una conducta agresiva y lo apropiado de manifestarla en familia (Bandura y Feschbach, citado por Widom, 2002). Los niños aprenden a comportarse, al menos en parte, imitando la conducta de otros, así aprenden a ser agresivos observando agresiones en su familia y la sociedad que los rodea (Feschbach citado por Widom, 2002). Cada generación aprende a ser violenta y a formar parte de una familia violenta.
- ψ La teoría del apego también ofrece una explicación para algunos de los resultados encontrados sobre el desarrollo de los niños maltratados y descuidados. El cuidado inconstante y azaroso o el rechazo de un niño lo vuelve inseguro y elusivo, proclive a interpretar el comportamiento neutro o incluso cordial como hostil y a mostrar una conducta agresiva inapropiada.

Las experiencias tempranas de maltrato y descuido producen cambios generales que atañen al surgimiento de la conducta antisocial como resultado de los golpes continuos, un niño perdería la sensibilidad en las futuras experiencias dolorosas o angustiantes, de este modo la desensibilización influiría en su comportamiento y lo haría menos sensible en lo emocional y lo fisiológico, a las necesidades de los demás, duro y ajeno, sin remordimientos ni culpas. Es posible que la conducta antisocial sea un subproducto indirecto del maltrato infantil. Widom (2002) menciona que el maltrato infantil y el descuido cambiarían los ambientes o las condiciones familiares que predispondrían el comportamiento antisocial posterior.

En estudios prospectivos, en los que se da seguimiento a adolescentes que fueron maltratados o descuidados de niños, se calcula que la incidencia de la delincuencia es de alrededor de 20% a 30% (Widom, citado por Widom, 2002). Los informes clínicos y los expedientes de casos refieren maltrato entre los antecedentes de los delincuentes violentos y homicidas. Luntz y Widom refieren un aumento significativo en el riesgo de los niños maltratados y descuidados de padecer el trastorno de personalidad antisocial cuando crecieran. (Luntz y Widom citado por Widom, 2002)

Los datos proceden del estudio prospectivo de cohortes de Widom, en el que niños maltratados y descuidados fueron igualados con niños normales no maltratados y se les dio seguimiento prospectivamente hasta la juventud. De 1989 a 1991 se localizó a 699 sujetos, se les hizo una entrevista de dos horas que incluyó una Evaluación Psiquiátrica con el inventario de entrevistas de Diagnóstico del Instituto de Salud Mental. En el momento de la entrevista, la edad era de 18 a 35 años con un promedio de 27.53 años. El maltrato o el descuido infantil también fue un predictor significativo del número de síntomas del trastorno de personalidad antisocial y de la probabilidad de recibir el diagnóstico de dicho trastorno. Investigaron si los niños maltratados y descuidados tenían más probabilidades que los niños del grupo control de volverse psicópatas en la juventud. Utilizaron la versión revisada de la Lista de Verificación de las Psicopatías (PCL-R). Las víctimas del maltrato y descuido infantil tuvieron puntuaciones superiores. Niños de hogares violentos exteriorizaron más problemas de conducta que los niños de un grupo en comparación (Widom, 2002). Los niños que viven con familias que los maltratan y descuidan también experimentan separaciones de sus padres, poca salud orgánica y emocional.

➤ 2.2 Maltrato adolescente

La idea de que el maltrato hacia los adolescentes es menos frecuente, serio, persistente y dañino que el maltrato de niños y niñas más pequeños, está muy extendida, y tal vez por ese motivo son escasas las investigaciones que se han centrado en analizar los malos tratos durante esta etapa evolutiva. Tras muchos años de esfuerzos por parte de profesionales y asociaciones relacionadas con la infancia, al menos en el mundo occidental, existe una clara sensibilización hacia las necesidades de la infancia, y está asumida la responsabilidad de los adultos de cuidar de los niños y niñas y de satisfacer sus necesidades. Los niños evocan una respuesta de empatía y protección y son considerados vulnerables, indefensos y necesitados de ayuda. Siempre son víctimas inocentes.

En cambio, cuando se trata de adolescentes, la situación es distinta, y no sólo son considerados como menos vulnerables y más capaces de defenderse a sí mismos, sino que existen numerosos estereotipos negativos asociados a esta etapa. Tendemos a verlos como provocadores, indisciplinados, violentos, desafiantes e irresponsables, y es más fácil para la sociedad empatizar con los padres y considerar a los adolescentes antes perpetradores que víctimas, y cuando lo son, atribuirles la responsabilidad de la situación de violencia que haya podido surgir en relación con adultos.

El origen de estos estereotipos está tanto en la imagen distorsionada y dramática ofrecida por los medios de comunicación, como en los primeros planteamientos teóricos surgidos en el campo de la psicología, que consideraban la adolescencia como un periodo dramático y turbulento, o en la psicopatología o problemática propia de esta etapa que resulta muy llamativa y preocupante -consumo de drogas, delincuencia, suicidio- (Palacios y Oliva citado por Oliva, 2002). Estos estereotipos pueden llevar tanto a la población general como a los profesionales a pasar por alto muchas situaciones de maltrato que estén produciéndose. Esta falta de atención puede llegar a ser muy preocupante si tenemos en cuenta que, lejos de lo que podría pensarse, el maltrato adolescente puede tener importantes consecuencias negativas, especialmente en las áreas de la salud mental y la adaptación social. Problemas típicos de la adolescencia, tales como el suicidio, el consumo de drogas, la violencia y delincuencia juvenil, o los embarazos adolescentes, guardan una estrecha relación con situaciones de maltrato y negligencia (Manion y Wilson; Eckenrode, Powers y Garbarino citado por Oliva, 2002).

Son muy importantes las necesidades intelectuales como la capacidad de pensar sobre lo hipotético, de buscar alternativas o de planificar sus actuaciones que llevan a chicos y chicas a mostrarse críticos e inconformistas, y a demandar actividades académicas estimulantes que supongan un desafío para sus habilidades cognitivas recién adquiridas. No obstante, no suele ocurrir así, y la escuela o instituto ofrecen al estudiante actividades memorísticas y rutinarias que con frecuencia llevan a la falta de motivación hacia lo escolar (Eccles, et al.; citado por Oliva 2002). El maltrato adolescente tiene sus raíces en la falta de adecuación cultural y familiar a las necesidades del adolescente (Garbarino, Eckenrode y Powers citado por Oliva 2002).

2.2.1 PATRONES DE MALTRATO DURANTE LA ADOLESCENCIA

No todos los casos de malos tratos detectados durante la adolescencia tienen el mismo perfil, y junto a chicos y chicas que son maltratados por primera vez durante la adolescencia se encuentran casos en los que los abusos y malos tratos tienen lugar desde la infancia. Se pueden definir tres diferentes patrones de maltrato (Oliva, 2002):

1. Maltrato que comienza en la infancia y continúa en la adolescencia:

Se trata de malos tratos que son continuación de los que comenzaron en algún momento de la infancia, y por lo tanto no son nuevos en la familia y no están relacionadas con el periodo evolutivo del menor. Evidentemente, donde el sistema de protección a la infancia funcione de forma eficaz serán situaciones muy poco frecuentes, ya que se habrán tomado medidas para proteger al niño o niña maltratados. Es más probable encontrarnos este patrón cuando se trata de tipos de maltrato de más difícil detección, como el abuso sexual o el maltrato emocional.

2. Maltrato que comienza en la adolescencia:

Se trata de familias que, aunque ya tenían algunos problemas, habían mantenido cierto equilibrio en las relaciones padres-hijo; sin embargo, con la llegada de la adolescencia se rompe este equilibrio y aumentan el estrés y la conflictividad familiar hasta alcanzar límites intolerables. En algunos casos puede tratarse de padres que se han mostrado indulgentes y que esperan de sus hijos una dependencia que hasta ese momento han obtenido. Sin embargo, a partir de la pubertad pueden sentirse irritados y reaccionar con agresividad

cuando sus hijos empiezan a madurar y luchan por su independencia. También puede ocurrir en familias con padres rígidos y autoritarios que incluso han utilizado castigos físicos leves o moderados y que con la llegada de la adolescencia van perdiendo el control en la medida en que aumenta el tamaño y la fuerza de su hijo. Los padres piensan que es preciso emplear más fuerza para controlar y castigar, lo que sin duda genera reacciones hostiles y rebeldes en sus hijos, iniciándose un ciclo de violencia cada vez más severo. Hay que tener en cuenta que los estilos autoritarios son poco eficaces para que los niños desarrollen controles internos y sólo funcionan cuando los adultos están presentes.

Dado que durante la adolescencia chicos y chicas pasan mucho tiempo fuera de casa alejados del control paterno, puede ocurrir que empiecen a manifestar comportamientos problemáticos que irriten a sus padres, quienes pueden pensar que deben utilizar más fuerza. En otros casos nos encontramos, coincidiendo con la llegada a la adolescencia, con un cambio de una disciplina física a un castigo o maltrato de tipo psicológico, especialmente en el caso de las niñas. En el caso de los abusos sexuales, los cambios físicos y el desarrollo de los caracteres sexuales secundarios asociados a la pubertad aumentarán el atractivo sexual del chico o de la chica ante los abusadores no estrictamente pedófilos, haciendo más probable el surgimiento de comportamientos abusivos antes inexistentes. No hay consenso respecto al porcentaje de casos de maltrato adolescente en los que no hay una historia previa de maltrato durante la infancia, y las cifras oscilan entre el 50% y el 90% (Garbarino y Gilliam; Berdie, Berdie, Wexler y Fisher; Pelcovitz, Kaplan, Samit, Krieger y Cornelius citado por Oliva, 2002).

3. Maltrato que representa una vuelta a conductas anteriores:

En este caso se establece un cierto paralelismo entre la adolescencia y los "terribles dos años", por ser etapas en las que niños y niñas inician procesos de desvinculación o individuación y búsqueda de autonomía que generan mucho estrés en los padres. Así, los padres que tuvieron dificultades con sus hijos durante esta etapa, es probable que vean renacer estos conflictos, pero de forma más acusada con la llegada de la adolescencia.

2.2.2 CONSECUENCIAS DEL MALTRATO EN LOS ADOLESCENTES

Evidentemente, encontraremos diferencias en las consecuencias del maltrato en función del momento en que haya comenzado. Si tenemos en cuenta que el impacto de las experiencias sobre el desarrollo será mayor cuando éstas son continuas a lo largo del tiempo, resulta lógico esperar que cuanto más tarde comiencen los malos tratos, menos problemas tendrán las víctimas, ya que habrán cubierto una mayor parte de su desarrollo. Durante estos años, el desarrollo dista mucho de estar concluido, y, como ya hemos mostrado, son muchas e importantes las tareas evolutivas a las que el adolescente debe hacer frente (Oliva, 2002).

Los daños físicos son menos graves que durante la infancia, y, aunque son muy frecuentes las lesiones moderadas, las consecuencias peores son los trastornos socio-emocionales y los problemas de conducta, que a su vez pueden tener importantes repercusiones sobre la salud (American Medical Association; McClain, Sacks, Froehkle y Ewigman citado por Oliva, 2002).

Los daños emocionales son importantes, la autoestima de estos adolescentes suele estar muy deteriorada, sobre todo por la tendencia que muestran a desvalorizarse a sí mismos para tratar de justificar el maltrato parental. Si tenemos en cuenta que la autoestima suele resentirse bastante durante la transición a la adolescencia como consecuencia de los cambios y retos que deben afrontar, y que es un importante predictor del grado de ajuste psicológico en los años posteriores (Dumont y Provost; Offer, Kaiz, Howard y Bennet citado por Oliva, 2002), esta influencia negativa del maltrato sobre la autoestima resultará bastante preocupante y estará relacionada con trastornos de ansiedad y síntomas depresivos (Singer, Anglin, Song y Lunghofer citado por Oliva, 2002).

También, a nivel social se encuentran importantes problemas en los adolescentes maltratados. El rechazo parental no sólo provoca daños cuando se trata de niños pequeños; cuando tiene lugar durante la adolescencia, tiende a provocar conducta antisocial y una excesiva dependencia de los iguales en una búsqueda del apoyo emocional que no encuentran en los padres.

A pesar de la necesidad que suelen mostrar estos adolescentes de establecer relaciones con los iguales, van a encontrarse en clara desventaja por su baja autoestima y sus escasas habilidades sociales. Tampoco podemos olvidar los procesos de identificación y de modelado

de la conducta agresiva que suelen tener lugar en familias conflictivas y violentas, y que harán que estos adolescentes muestren comportamientos violentos hacia los iguales, lo que provocará su rechazo por el grupo.

Sus dificultades para procesar la información social les llevan a mostrarse excesivamente sensibles a las actitudes y comportamientos de los demás, atribuyendo intenciones hostiles a señales neutras o ambiguas (Dodge, Pettit, Bates y Valente citado por Oliva, 2002). Con frecuencia van a mostrar comportamientos muy violentos y antisociales, por lo que es frecuente que aquellos adolescentes que son detenidos por actos delictivos tengan una historia previa de maltrato, y, aunque no todos los niños maltratados se convierten en jóvenes delincuentes, entre estos chicos encontramos una incidencia de maltrato muy superior a la de la población joven general.

Son abundantes los estudios que encuentran relación entre la delincuencia juvenil y la conducta de rechazo y maltrato por parte de los padres (Yoshikawa citado por Oliva, 2002), aunque hay que señalar que delincuencia y maltrato comparten muchos factores de riesgo y ambos comportamientos surgen con frecuencia en el mismo ambiente familiar. Una revisión de las características familiares de los acusados de asesinar a uno de sus padres encontró historias de abusos sexuales, violencia parental y malos tratos físicos por parte de los padres (Hutchinson y Langlykke citado por Oliva 2002). Se ha encontrado que la exposición del adolescente a la agresión en el entorno familiar como víctimas o como testigos influye claramente en su uso de la violencia, el abuso o maltrato durante la infancia o adolescencia incrementaban en un 53% la probabilidad de arresto juvenil (Ford y Linney citado por Oliva, 2002)

También, la falta de supervisión y de apoyo suelen ser factores que aumentan la probabilidad de que surjan conductas antisociales, ya que por un lado sus padres muestran un estilo indiferente que se acerca a la negligencia, mientras que por otro lado, se trata de familias con menos posibilidades de supervisión, como puede ocurrir en algunas familias monoparentales. La ausencia del padre es un factor determinante, ya que además de la falta de control y supervisión que conlleva, puede generar en los hijos una personalidad muy masculina y agresiva como forma de compensar el entorno femenino en el que han sido criados. Aunque muchos adolescentes se implican en comportamientos antisociales, una característica común de los adolescentes maltratados es que su actividad delictiva tiene mayor continuidad, comenzando antes y prolongándose en la edad adulta, probablemente

por el fracaso a la hora de aprender alternativas prosociales a la conducta delictiva, y por quedar atrapados en un estilo de vida desviado (Maxwell y Widom; Moffitt citado por Oliva, 2002).

En ocasiones, la agresividad es dirigida hacia ellos mismos, llevando a las tentativas de suicidio. Muchos chicos y chicas que intentan o consiguen suicidarse viven en entornos familiares caracterizados por los malos tratos, el abuso sexual o la negligencia, y el suicidio es un indicador de relaciones familiares muy deterioradas. Suele tratarse de familias muy conflictivas caracterizadas por la falta de afecto hacia los hijos, el rechazo y el control autoritario, de forma que se ha establecido entre padres e hijos un círculo de ira del que el adolescente espera escapar mediante el suicidio. El intento de suicidio suele ser más una búsqueda desesperada de ayuda que de autodestrucción, por parte de adolescentes que tienen dificultades en sus relaciones sociales y que no son capaces de encontrar en los pares o en otros adultos, el apoyo emocional necesario para superar sus problemas familiares. Si el intento de suicidio es una forma de escapar para siempre, el consumo de drogas o alcohol es una huida temporal de situaciones familiares problemáticas, por lo que también va a ser frecuente entre adolescentes maltratados (Manion y Wilson citado por Oliva, 2002).

Como ya se ha venido mencionando, el maltrato y la pertenencia a un entorno familiar dañino traen consigo consecuencias negativas para los niños, especialmente para los adolescentes, ya que recurren a formas de vida muy precarias para superar sus problemas, se inician en el consumo de drogas, se relacionan con pares con influencias negativas, vándalos, drogadictos, delincuentes, etc. Pero una de las consecuencias más problemáticas y tristes es que estos adolescentes empiezan a adoptar conductas antisociales, las cuales, en vez de ayudarlos a solucionar sus problemas, les traerán más conflictos de los que ya tienen. Es por eso que en el siguiente capítulo se va a estudiar de manera más profunda el fenómeno de la conducta antisocial, con lo cual nos permitiremos complementar el análisis de estos adolescentes que han presentado problemas con su entorno familiar y que sobre todo han sido víctimas del maltrato que culmina toda esta serie de problemáticas con la presencia de conducta antisocial.

CAPÍTULO 3: CONDUCTA ANTISOCIAL

El concepto de comportamiento antisocial es poco común en el campo de la psicopatología, pues básicamente no se define en términos de rasgos psicológicos anormales, sino de características de comportamiento que contravienen las normas sociales (Rutter, 2002).

El comportamiento antisocial se refiere a una amplia gama de manifestaciones conductuales que incluye robar, mentir, vagar, desafiar a la autoridad, actuar agresivamente, conductas que violan principios, normas y expectativas sociales. Por lo que el comportamiento antisocial se define como la conducta que atenta el orden social establecido (Escalante y López 2002).

Numerosas investigaciones han demostrado que todas las formas de psicopatología infantil y de comportamiento antisocial presentan un nivel extraordinariamente marcado de persistencia a lo largo del tiempo (Maughan y Rutter citado por Rutter 2002). Los hogares desintegrados y los cambios familiares (divorcio y separación) se asocian con la delincuencia, pero las pruebas sugieren que es fundamentalmente una función de la asociación con las desavenencias familiares (Rutter, 2002).

Actualmente, desde el punto de vista psicológico, ha habido una gran variedad de teorías explicativas de la conducta antisocial. Están por un lado las teorías basadas en constructos fisiológicos, en las cuales se pone énfasis en las relaciones entre las anomalías en el electroencefalograma y una disposición a la violencia y a la agresión (Blackborn citado por Silva, 2003). En otro intento de comprender la conducta delictiva, se propuso la teoría del comportamiento criminal y delincuencia basado en distintos factores comunes, como demográficos, de personalidad y su vínculo neuro hormonal (Ellis citado por Silva 2003). Otra teoría propuesta para comprender la conducta antisocial es la tensión, la cual establece que en la mayoría de los casos la delincuencia resulta del bloqueo del comportamiento dirigido hacia la meta (Agnes citado por Silva 2003). Desde el punto de vista psicológico, la autoestima ha sido incluida como una variable interrelacionada con los índices educacionales y de conducta antisocial (Silva, 2003).

Para Moffitt (citado en Bartolo 2002), la conducta antisocial suele manifestarse de dos formas diferentes:

- a) El comportamiento antisocial limitado a la adolescencia que se observa sólo en este período, no existen antecedentes de comportamiento antisocial en la infancia, pocas veces persiste hasta la vida adulta y los actos en que interviene el adolescente están relacionados con aquellas acciones que simbolizan los privilegios de los adultos o demuestran autonomía de los padres, como el vandalismo, las ofensas al orden público, las toxicomanías y la vagancia.
- b) El comportamiento antisocial permanente, que comienza en la niñez temprana, muestra un curso más o menos estable con el paso del tiempo y persiste hasta la vida adulta. En este tipo de comportamiento, los individuos se involucran en más transgresiones orientadas a víctimas como la violencia y el fraude.

La primera infancia es una fase en que los problemas debidos a la conducta desafiante del menor y a la disciplina de los padres parecen normativos, ya que a los pequeños se les informa de repente que no se toleran algunos comportamientos en ciertos contextos. La manifestación de un trastorno de conducta y de delincuencia entre niños en edad escolar y adolescentes se relaciona con rasgos de personalidad antisocial tanto de padres como de madres (Robins, West y Herjanic citado por Shaw y Winslow, 2002). Los conflictos maritales aparecen como fuertes correlatos y predictores de problemas de comportamiento infantil, en particular, cuando se examinan desacuerdos referentes a la crianza de los hijos (Shaw y Winslow, 2002).

Debido a la gran diversidad de factores que afectan a la conducta antisocial, es importante analizar todos y cada uno de ellos para poder entender la presencia de dicho fenómeno, especialmente, durante la adolescencia, ya que si bien la conducta antisocial está íntimamente relacionada con problemas en el núcleo familiar, dichas problemáticas afectan de manera diferente dependiendo de una diversidad inmensa de factores como puede ser la personalidad del niño, el momento de aparición de los conflictos familiares, el tipo de pares con los que se relaciona, etc. Por ello, es importante analizar a la conducta antisocial como algo multicausal y analizar todos los contextos en los que se desenvuelve el individuo y así poder entender su comportamiento y ayudar a prevenir la presencia de dichas conductas.

3.1 Explicaciones ambientales acerca del momento de aparición de la conducta antisocial

De acuerdo con Rutter (2002), existen varias hipótesis que brindan una explicación ambiental acerca del momento de aparición y la gravedad de la conducta antisocial de niños y adolescentes que se describen a continuación:

I) Hipótesis de la interacción social:

Este análisis destaca la cualidad funcional de la conducta antisocial en las relaciones estrechas. Para estudiar la función de un comportamiento es necesario captar la interacción social en su desenvolvimiento (Dishion y Patterson, 2002).

▲ Procesos de coerción en la familia.

La utilidad funcional de una conducta varía en función de la condición de desarrollo del niño y del contexto de las relaciones. Al comenzar la niñez, los pequeños aprenden a usar tácticas aversivas relativamente inocuas (quejarse, alegar, llorar, molestar) para dar por terminados los conflictos con los familiares (Patterson; Snyder citado por Dishion y Patterson, 2002).

La coerción (desobediencia, quejas, berrinches, etc.) cumple la función similar de eliminar la intrusión de los padres. Los padres no favorecen actualmente las destrezas sociales. Estos padres no están articulados en sus relaciones con el niño. En este ambiente desarticulado de lo que ocurre, no es funcional adquirir destrezas sociales; para el niño, las tácticas aversivas son la mejor manera de organizar su mundo familiar. La reacción de los familiares en los momentos de conflicto determina la frecuencia relativa de las reacciones sociales y coercitivas (Patterson; Snyder y Patterson citado por Dishion y Patterson, 2002). Los padres que corren más riesgos son los irritables que no respaldan las conductas sociales en las situaciones cotidianas.

En la segunda parte de la niñez a veces el grupo de compañeros refuerza sistemáticamente las conductas coercitivas. En la adolescencia, la conducta antisocial sería la membresía para ingresar en algunos grupos de compañeros adolescentes y sin duda la base de muchas amistades en esa edad (Dishion y Capaldig citado por Dishion y Patterson, 2002)

II) Hipótesis de las variaciones individuales:

Esta hipótesis afirma que las características genotípicas del niño tienen un efecto indirecto en el desarrollo de conductas antisociales, mediado por los esquemas de trato social en la familia y el grupo de compañeros. Estas variaciones individuales en el carácter emocional, funcionamiento cognitivo y características físicas del niño que influyen en los esquemas de trato social entre familias y compañeros son patogénicas al desarrollo de conductas antisociales. La conducta antisocial de toda la vida tiene una base más biológica que la delincuencia limitada a la adolescencia. Se plantea la hipótesis de que los esquemas de respuesta emocional están mediados por las relaciones sociales con padres y compañeros en la predicción y la explicación de la conducta antisocial.

III) Hipótesis de la sensibilidad al contexto.

El contexto ejerce un efecto inmediato en los intercambios del individuo al amplificar los esquemas presentes. Patterson y Bank (citado por Dishion y Patterson, 2002) estudiaron los procesos de amplificación de la conducta antisocial en los padres. La tensión en la familia alteraba directamente los hábitos disciplinarios de la madre, pero también, en forma indirecta, por medio de la amplificación de su conducta antisocial. Si la tensión amplifica los rasgos antisociales de los padres, es concebible un efecto semejante en los niños. La tensión que sufre el niño afecta directamente el grado de conducta antisocial que manifiesta y exacerba los esquemas subyacentes de regulación emocional (Cummings y Cummings citado por Dishion y Patterson, 2002).

Existen varios estudios que comprueban lo anteriormente mencionado, como el de Patterson, en el que se llevaron a cabo varios estudios amplios sobre las relaciones entre madre e hijo para demostrar que los días en los que la madre estaba más tensa, también se mostraba más irritable al relacionarse con su hijo preescolar. Snyder reprodujo este efecto con una muestra más grande y también amplió el modelo incluyendo mediciones diarias de tensión, estado de ánimo de la madre, disciplina y adaptación del niño (Patterson; Snyder citado por Dishion y Patterson, 2002). El modelo resultante demostró que las variaciones de tensión influyeron en el estado de ánimo de la madre y éste se relacionó con una disciplina ineficaz y resultados negativos del niño como desventajas sociales (Larzelere y Patterson citado por Dishion y Patterson, 2002), divorcio (Patterson, Forgatch y Stoolmiller citado por

Dishion y Patterson, 2002), padres antisociales (Bank citado por Dishion y Patterson, 2002), tensión, (Forgatch citado por Dishion y Patterson, 2002) y frecuencia de transiciones de estructuras familiares, matrimonio, cambio a otro vecindario, cambio de empleo (Capaldi y Patterson citado por Dishion y Patterson, 2002), aunque un nuevo matrimonio se considera como un acontecimiento positivo, también lleva a deterioro del funcionamiento familiar. Junto con el padrastro o la madrastra vienen los ambientes familiares mezclados y las tensiones generales de los cambios, además, la posibilidad de conducta antisocial entre las posibles parejas aumentan con cada divorcio y matrimonio sucesivos. La confluencia de esquemas antisociales y de consumo de drogas produce deterioros en el funcionamiento familiar. Incluso, cuando las relaciones son positivas, la crianza de los hijos se pierde en el proceso de cultivo de amor romántico. En todos los casos se ha detectado que el efecto del contexto en la adaptación del niño está mediada por las prácticas de crianza. Los padres pueden sufrir tensiones graves, pero si consiguen mantener sus prácticas educativas relativamente intactas, el contexto negativo no ejercerá un efecto significativo en la adaptación del niño. Una disciplina eficaz, supervisión y estrategias para resolver los problemas familiares son los mejores factores protectores que se han visto (Dishion y Patterson, 2002).

3.2 FACTORES ASOCIADOS A LA CONDUCTA ANTISOCIAL

Es muy poco lo que sabemos de los procesos de riesgo ambiental implícitos en el comportamiento antisocial, pero existen cinco cuestiones relevantes (Rutter, 2002):

- a) Son contados los estudios en los que se han aplicado diseños capaces de distinguir entre la influencia genética y la ambiental.
- b) La mayor parte de los factores de riesgo se expresan en términos demasiado generales para distinguir su forma probable de operación.
- c) ¿Cuál es el efecto de los factores de riesgo en el organismo? Algo debe suceder porque muchos años después de haberse presentado el riesgo, se observan las secuelas.
- d) Los efectos de variables extra familiares o sociales más amplias: escuelas, compañeros, características de la comunidad, pobreza. Algunas pruebas señalan que gran parte de su influencia radica en el funcionamiento familiar. Los efectos en los

niños son indirectos y en ellos interviene una interferencia en la crianza o las relaciones familiares (Conger, Elder y Lorenz citado por Rutter, 2002).

- e) ¿En qué medida los factores ambientales mayores se limitan a los niños que se hallan genéticamente en peligro?

Los enfoques preventivos se apoyan en la identificación de factores de riesgo del sujeto respecto a otros, antes de que haya ocurrido el resultado indeseado para actuar sobre ello, o crear resistencia disminuyendo la vulnerabilidad del sujeto mediante la instauración de factores protectivos (Cuevas, 2003).

El equipo de Appalachia Educational Laboratory (citado en Juárez, 1999) ha analizado y resumido los factores relacionados con la conducta antisocial dividiéndoles en tres áreas principales:

- Factores de riesgo individuales: son aspectos genéticos, de personalidad, temperamento y habilidades cognitivas. Se encuentran características de impulsividad, incapacidad para comprender las consecuencias de su conducta, incapacidad de regular emociones, necesidad de estimulación y excitación, baja tolerancia a la frustración, predisposición a la conducta agresiva, baja general de aptitudes e inteligencia, exposición a la violencia y al abuso, rebeldía, asociación de pares con conductas problemáticas, abuso de alcohol y drogas y presencia temprana de problemas de conducta.
- Factores familiares y de su ambiente social: privación económica, historia familiar de conducta problemática, actitud familiar y la comunidad positiva hacia la conducta antisocial, disciplina inconsistente, poca supervisión, poca educación de los padres, conflictos familiares, vivir en la calle, poca unión entre el niño y la familia, altas tasas de vandalismo y violencia en la escuela y el lugar donde viven.
- Factores relacionados con la escuela: fallas académicas, bajas aptitudes académicas, ausentismo, no creer ni cumplir las reglas, conductas agresivas, falta de apego a los maestros, bajas aspiraciones y metas, asociación con pares problemáticos, desorganización escolar, falta de adaptación a la escuela -evidenciada por castigos y expulsiones-, asignación a grupos especiales, rechazo a la escuela, falta de esfuerzo, enajenación y castigo.

Aunado a los tres factores antes mencionados, el momento de aparición de la conducta antisocial es otro aspecto importante que afecta el tipo y grado de conductas antisociales que se presentan. Por ejemplo, el modelo de Oregon supone que las primeras detenciones son el resultado conjunto de las interrupciones del proceso de crianza y la participación precoz con un grupo antisocial, acompañados de tiempo libre sin supervisión; supuestamente, la crianza interrumpida genera niños antisociales, cuanto más antisocial es el niño, más pronto se mezclará con compañeros problemáticos. Los resultados demuestran que los muchachos que inician los comportamientos antisociales en la niñez se distinguen en términos de su vinculación con contextos más riesgosos (pobreza, divorcio, padre o madre antisocial y con prácticas de crianza mucho menos eficaces), lo que aumenta el potencial de evolución que conduce de la conducta antisocial infantil a la detención temprana y a la delincuencia violenta crónica. La frecuencia general de los ciclos antisociales es el mecanismo que predice la deficiencia en las destrezas y el riesgo de detención temprana. Patterson y Yoerger plantearon la hipótesis de que los muchachos detenidos después de los 14 años representaban una trayectoria muy distinta a la delincuencia juvenil que en el caso del inicio en la niñez (Patterson y Yoerger citado por Dishion y Patterson, 2002).

Al llevar a cabo un análisis acerca de los posibles factores que intervienen en la conducta antisocial, se puede encontrar un común denominador, y es el ambiente o entorno familiar, las interacciones que se presentan entre los miembros, el tipo de relación, todo lo que involucre a la familia y al adolescente afecta la presencia o bien ausencia de conducta antisocial, por lo que es importante analizar la relación que existen entre estos dos aspectos.

3.3 FAMILIA Y CONDUCTA ANTISOCIAL

A pesar de lo interesante de esta área del conocimiento, en la actualidad existen pocas investigaciones que estudian el efecto que tienen en el ámbito social, psicológico y familiar del menor, el hecho de que éste se vea implicado en un hecho antisocial (Silva, 2003).

La investigación sobre las variables familiares y la conducta problemática, incluyendo la conducta antisocial, se interesó inicialmente en la estructura o composición familiar (presencia de ambos padres en el hogar, número de hermanos, etc.) Algunos resultados consideran que las conductas problemáticas (como el consumo de drogas y la delincuencia)

están asociados con un mayor número de hermanos, o bien a la falta en el hogar de algunos de los padres, hogares desintegrados. Sin embargo, la investigación más reciente se centra en el funcionamiento familiar (las prácticas de crianza de los padres y la calidad de las relaciones entre los miembros de la familia) y los resultados sugieren que el impacto de estas variables superan ampliamente a las variables estructurales. Por ejemplo, Loeber y Stouthamer (citado en Bartolo, 2002) refieren que las interacciones entre los miembros de la familia proporcionan oportunidades para que el niño y el adolescente adquiera o inhiba patrones de conducta antisocial.

Existe una gran variedad de formas que los/as investigadores han desarrollado para interpretar las conductas antisociales, sin embargo podemos agrupar muchas de ellas en 2 clases (Silva, 2003):

- a. Fallas en la adquisición de actitudes y conductas opuestas a las acciones antisociales.
- b. Los esfuerzos encaminados a explicar la manera de adquirir actitudes y conductas antisociales.

Este planteamiento está sustentado en la idea de que existe un proceso de aprendizaje, tanto para realizar conductas antisociales como para no llevarlas a cabo, en tal situación de aprendizaje es obvia la gran influencia que tiene el ambiente familiar en el que actúa el menor para que en su desarrollo no esté involucrado en hechos antisociales. El estudio de la familia en relación con la conducta antisocial ha sido analizado en el papel que desempeña como mediadora de la cultura y la sociedad, de donde partimos que los menores aprenden normas, habilidades y motivaciones que de algún modo conforman patrones culturales, sociales o de la clase en que se desarrollan (Silva, 2003).

Concretamente, el estudio del funcionamiento familiar y su relación con las conductas problemáticas ha sido abordado desde tres perspectivas: las relaciones afectivas, las prácticas educativas de los padres y los procesos de modelamientos de los padres y/o hermanos mayores (Bartolo, 2002).

La manera de tratar las diferentes interrogantes que surgen al considerar la forma en cómo influye el ámbito familiar en la presentación de conductas antisociales, consiste en tener en cuenta a la familia entera en función del nivel de desarrollo del menor, debido a que es

indiscutible que el menor está expuesto en el seno familiar a una serie de estilos interactivos diversos, así como a valores morales de creciente variedad y complejidad. La influencia del grupo familiar sobre el menor también está reflejada en la manera cómo éste participa en la estructura y en el modo de permitirle interactuar en los distintos contextos o círculos sociales en los que se desenvuelve la familia (Silva, 2003). Existe una gran diversidad de factores familiares que afectan al individuo y que aumentan la probabilidad de realizar conductas antisociales, es por eso que durante la formación de los individuos se deben sentar bases claras y fuertes que les den fortaleza para que, pese a los posibles conflictos que se puedan presentar dentro del seno familiar, éstos no afecten de esa manera al individuo.

De todos estos factores familiares que se considera que contribuyen a la delincuencia, ninguno ha recibido más atención que los hogares disueltos. Se piensa que el rompimiento familiar tiene un efecto en la delincuencia, principalmente por la reducción en la supervisión, el control y el resultante aumento de asociación con amistades. Los quebrantes familiares persistentes y de largo plazo, así como las relaciones negativas, tienen más probabilidades de generar delincuencia crónica (Loeber citado por Giordano y Cernkovich, 2002). Se ha demostrado que el rechazo del padre hacia los hijos y viceversa, se asocia con delincuencia y agresividad en casi todos los estudios (Loeber citado por Giordano y Cernkovich, 2002). Conflictos, hostilidad, relación paterna mínima con los hijos, carencia de calidez y afecto, así como de apego y supervisión son factores correlacionados de delincuencia y otros problemas de conducta. (Cernkovich y Giordano; Laub y Sampson; Loeber y Southamer; Rosenbaum citado por Giordano y Cernkovich, 2002)

Las investigaciones sobre los grados de supervisión y control han demostrado que la delincuencia es más probable en familias que transmiten pocas reglas y no supervisan ni disciplinan de manera efectiva a sus hijos (Giordano y Cernkovich, 2002).

Diversos trabajos empíricos han sostenido la idea de que el entorno familiar ejerce gran influencia en el desarrollo de la conducta antisocial (Eron, Huesmann y Zelly; Frick; Gardner; Patterson citado por Southam-Gerow y Kendall, 2002). Investigaciones complementarias han señalado que otros factores familiares operan también en el desarrollo de las conductas antisociales: prácticas de crianza ineficaces y prácticas de disciplina negativas por parte de los padres, transiciones familiares (divorcio y nuevas nupcias), consumo de alcohol por parte de los padres, prácticas de crianza indiscriminadas (fijación

de límites incongruentes), trastornos psicopatológicos de los padres (conducta antisocial) y adversidad familiar (Capaldi y Patterson; Frick; Haapasalo y Tremblay; Mc Cord; Pelham y Lang; Vuchinich, Bank y Patterson; Whaler y Duman citado por Southam-Gerow y Kendall, 2002).

Respecto a las características de las relaciones afectivas, al interior del ambiente familiar, se han identificado que tanto la delincuencia como el consumo de drogas se asocian a relaciones tensas y conflictivas en el medio familiar (Clark y Shields, citado en Bartolo 2002). Esto se ha observado en familias intactas, presencia de ambos padres en el hogar y en hogares desintegrados (Hawkins, Catalano y Miller, citado en Bartolo 2002). La falta de vínculos positivos entre adolescentes y sus padres, la falta de confianza con los padres, los patrones de comunicación poco fluidos o la comunicación rígida e inconsistente en el ambiente familiar (Clark y Shields; Kazdin citado en Bartolo 2002), así como el rechazo de los padres y de los hermanos (Pike, McGuire, Hertherington, Reis citado en Bartolo 2002) y el ambiente familiar violento (Cheung citado en Bartolo 2002) constituyen factores que frecuentemente se asocian con la aparición de conducta antisocial en adolescentes.

Las características relacionadas con las prácticas educativas de los padres se han centrado particularmente en las prácticas de crianza que ejercen los padres, especialmente con estilos excesivamente permisivos y basados en la amenaza y en la hostilidad (Shedler y Brook citado en Bartolo 2002); el poco apego entre padres e hijos (Katz, Dunham y Zimmerman citado en Bartolo 2002) y con un menor grado de supervisión de los padres hacia el adolescente (Jang, y Smith citado en Bartolo 2002).

Finalmente, los modelos de conducta que se observan en el ambiente familiar ejercen cierta influencia en la conducta problemática del adolescente. Diversos investigadores han sugerido que la práctica de conductas violentas, los antecedentes de conducta delictiva y el consumo de alcohol y drogas entre miembros de la familia (padres y hermanos) se asocia a conductas problemáticas en el adolescentes, principalmente con las conductas agresivas, autodestructivas y adictivas (Farrington citado en Bartolo 2002). La relación con los hermanos (as), especialmente con los hermanos(as) mayores y aquellos (as) con patrones de conducta problemática, pueden actuar como modelos reales para el reforzamiento de ciertas actitudes y conductas, como el uso de sustancias y la delincuencia (Jonson y Pandina citado en Bartolo 2002).

En este sentido, la familia y el hogar en el que habita el niño (a) constituyen ámbitos de relaciones sociales de naturaleza íntima, donde conviven e interactúan personas de distintos sexos y generaciones, los individuos le atribuyen distintos significados e importancia, los cuales se evocan en un conjunto de imágenes y representaciones que se expresan cotidianamente a través de los sentidos (Salles y Turian citado en Bartolo 2002). Es decir, cada individuo posee una imagen o percepción particular de la familia y particularmente de la forma en que interactúan el sujeto con cada uno de los miembros de ella.

Existen diversos factores denominados deformantes y destructivos que van deteriorando el hogar hasta hacerlo una simple y forzada reunión de personas, los cuales pueden aumentar la posibilidad de ser generadores en potencia de conductas antisociales en los adolescentes, sobretodo se asocian a otros factores negativos (Escalante y López, 2002):

- a) Alcoholismo: es difícil encontrar un factor que sea más desintegrador y trastornante, cuyos perniciosos efectos son capaces de destruir no sólo al alcoholístico, sino también al grupo familiar. Es insidioso y muy difícil de erradicar.
- b) Drogadicción: igual de destructivo que el alcoholismo, aunque en ocasiones es menos evidente, la agravante en este caso es el tipo de relaciones que el individuo en cuestión mantiene para proveerse de las sustancias a las que es adicto, elevando considerablemente los riesgos para él y su conglomerado familiar.
- c) La promiscuidad de los padres genera la invisibilidad de límites, la invasión de espacios personales, confundiendo las distancias, agrediendo el respeto mutuo y nulificando la aparición de la conducta pudorosa.
- d) La ignorancia, siempre presente en las grandes tragedias humanas, determina graves errores de conducción, pobre desarrollo social y comportamiento limitado, dejando al menor con pocas herramientas para enfrentarse a las dificultades de la vida. Cabe mencionar que cuando hablamos de ignorancia nos referimos al hecho de desconocer elementos clave en la educación de los hijos, permitiendo comportamientos inadecuados o combatiendo actitudes positivas. La responsabilidad, la educación sexual, la ética personal, la colaboración, etc., son algunos elementos educativos que con frecuencia son descuidados y poco atendidos.
- e) El maltrato físico: no sólo destructivo, sino también degradante porque minimiza a quién lo sufre, determina una baja autoestima y con el tiempo provoca resentimiento social y amargura.

- f) El maltrato psicológico, también llamado maltrato moral, atenta contra la integridad con palabras ofensivas y denigrantes, las cuales generalmente tienen mayor permanencia en cuanto al dolor provocado por los golpes.
- g) El abuso sexual: fenómeno que generalmente ocurre dentro del seno familiar, es especialmente destructivo y plantea una rehabilitación sumamente difícil en la víctima.

Todos estos factores nos permiten de alguna manera ayudar a prevenir la presencia de conducta antisocial, analizando los contextos familiares y tratando de eliminar todas estas situaciones con la finalidad de mejorar la calidad de vida de los adolescentes y sobre todo para evitar la presencia de altos niveles de jóvenes con conductas antisociales, por lo que es importante crear conciencia en los padres para que puedan percatarse de las consecuencias que ocasionan ciertos comportamientos dentro del ámbito familiar.

CAPÍTULO 4: METODOLOGÍA:

El presente estudio forma parte de una investigación realizada en el Instituto Nacional de Psiquiatría Ramón de la Fuente Muñiz, en la Dirección de Investigaciones Epidemiológicas y Sociales. Para llevar a cabo este estudio se utilizará la base de datos que surgió de la aplicación de la Encuesta sobre consumo de drogas en población de enseñanza media y media superior, medición correspondiente al otoño del 2003 (Villatoro y cols., 2004).

4.1 Planteamiento del problema

- El ambiente familiar y el maltrato pueden influir en la presencia de conducta antisocial en los adolescentes.

4.2 Objetivos Generales

- 4.2.1 Conocer si existe relación entre el ambiente familiar, el maltrato y la posibilidad de presentar conductas antisociales durante la adolescencia.

4.3 Objetivos específicos

- 4.3.1 Conocer la relación que existe entre el maltrato y la presencia de conducta antisocial en los adolescentes.
- 4.3.2 Conocer la relación que existe entre el ambiente familiar y la presencia de conducta antisocial en los adolescentes.

4.4 Hipótesis conceptual

Como ya es sabido, la familia es el contexto primario de socialización para el individuo, constituye una fuente que transmite valores y perspectivas del mundo e instaura las primeras normas de conducta. De ahí la importancia de conocer cómo es que la familia tiene un papel tan importante en el desarrollo del niño y, más aún, en el del adolescentes.

Dentro de la literatura, se sabe que las personalidades antisociales se desenvuelven en medio del abuso infantil, de la humillación, del castigo físico o de la ruptura familiar. Vivir

tales emociones en la infancia provoca una carencia importante de sentimientos, promoviéndose así la tendencia a cometer actos delictivos en el futuro (Escalante y López, 2002).

Por lo que se considera que la presencia de maltrato, ya sea infantil o durante la adolescencia aunado a un ambiente familiar poco protector, facilitaría la presencia de conductas antisociales.

4.5 Definición conceptual de variables

4.5.1 Variables predictoras:

- El ambiente familiar se refiere a la percepción que tiene el adolescente respecto de los procesos de interacción que se dan dentro de su familia, como la comunicación, el apoyo entre sus miembros y el nivel de integración logrado entre ellos (Villatoro, Andrade, Fleiz, Medina-Mora, Reyes y Rivera, 1997):
 - a) La comunicación familiar se refiere al grado en que el adolescente percibe el intercambio de información entre los miembros de su familia. Dicha información consiste en la narración de eventos cotidianos, problemas comunes, situaciones personales o íntimas, etc.
 - b) El apoyo familiar se refiere al grado en que el adolescente percibe que su familia lo ayudará para solucionar los problemas propios o comunes de la familia, así como la ayuda que él proporciona a los miembros que tienen problemas.
 - c) La hostilidad y el rechazo se refieren al grado de fricción y alejamiento que hay entre los miembros de la familia y se caracteriza por los bajos niveles de colaboración y entendimiento entre sus integrantes.
- El maltrato es todo acto de omisión o comisión por parte de un progenitor o tutor que, por una combinación de valores de la comunidad y de apreciaciones de expertos profesionales, se considera inapropiado y lesivo. Esta definición abarca puntos como intención, efectos, evaluación y criterios. La palabra inapropiado define al acto de progenitor, la palabra lesivo remite al efecto que tiene ese acto sobre el desarrollo de la víctima. Los actos por comisión (marca distintiva típica del abuso) suelen ir

acompañados de actos por omisión (característica fundamental del descuido). (Garbarino y Eckenrode, 1997).

4.5.2 Variable criterio

- La conducta antisocial es la que se aleja de las expectativas normativas de un grupo y que provocan reacciones interpersonales o colectivas dirigidas a aislar, corregir o castigar a los individuos involucrados en tales conductas (Schur citado en Juárez, 1999).

4.6 Definición operacional de variables

4.6.1 Conducta antisocial: Consta de 13 reactivos en los cuáles se analizan los tipo de conductas antisociales que realizan los estudiantes.

4.6.2 Ambiente familiar: Se obtuvo a través de la escala incluida en el cuestionario, que evalúa la comunicación, el apoyo, la hostilidad, el rechazo y la cohesión familiar. Consiste en 18 preguntas que han sido validadas en la población de estudiantes de México (Villatoro, et al., 1997).

4.6.3 Maltrato: El cual se medirá con la forma "A" del cuestionario, consta de 10 reactivos, los cuales miden los hábitos de crianza de los padres.

4.7 Población y muestra

La unidad de análisis, sobre la cual se obtuvo información, la constituyen los estudiantes de enseñanza media y media superior inscritos en el ciclo escolar 2002-2003 en las escuelas públicas y privadas del Distrito Federal. Se consideraron tres dominios de estudio:

- a. Estudiantes de secundaria
- b. Estudiantes de bachillerato
- c. Estudiantes de escuelas técnicas y comerciales

El total de la comunidad escolar del D.F. estuvo cubierto por el estudio, sólo que por razones de tipo operativo y dado su pequeño número se excluyeron las escuelas militarizadas y las de arte.

El marco muestral se elaboró con base en los registros oficiales de los estudiantes de enseñanza media y media superior del ciclo escolar 2002-2003 de la SEP, el cual fue sometido a validaciones y depuraciones. Para lo cual, se obtuvo una muestra aleatoria del 5% de las escuelas de cada dominio de estudio, en las que se validó la información del marco muestral con la finalidad de disponer de información lo más confiable posible para evitar inconsistencias en las estimaciones.

El diseño de muestra plantea la estimación de las tendencias sobre el uso de drogas en los estudiantes de enseñanza media y media superior de la ciudad de México, especificando el grado de contribución de cada delegación política a la magnitud del problema.

Para la estimación del tamaño de muestra se consideró:

- A) La distribución del uso de drogas por sexo, grupos de edad, nivel escolar y tiempo dedicado al estudio.
- B) Las prevalencias a nivel delegacional para el uso de alcohol y tabaco por sexo, grupos de edad, nivel escolar y tiempo dedicado al estudio.
- C) Las prevalencias a nivel delegacional para el uso de inhalables, estimulantes tipo anfetamínico, marihuana, tranquilizantes y cocaína, por sexo, grupos de edad, nivel escolar y tiempo dedicado al estudio.

De acuerdo a la información de la Encuesta sobre el Uso de Drogas entre la Comunidad Escolar de 2000, se determinaron los Coeficientes de Variación (CV) del uso de marihuana, cocaína e inhalables. Se consideró a la variable con el mayor CV, una tasa de no-respuesta y un efecto de diseño igual al de la encuesta de 1997. Con estos parámetros, se consideró una tasa de no-respuesta del 15%, que es la que se ha encontrado en estudios previos. El nivel de confianza de la muestra fue del 95%, con un error absoluto promedio del 0.004. La prevalencia más baja a considerar fue para la cocaína con un 2% para el consumo del último año. Con base en estos parámetros se calculó una muestra aproximada, tomando en cuenta la tasa de no-respuesta de 348 grupos escolares, con una media de 35 alumnos por grupo. De las escuelas seleccionadas, solamente 9 rechazaron participar.

Las escuelas se seleccionaron aleatoriamente al interior de cada una de las 16 delegaciones políticas. El diseño de muestra fue estratificado, bietápico y por conglomerados, la variable de estratificación fue el tipo de escuela: secundarias, bachilleratos y escuelas técnicas o comerciales a nivel bachillerato. La unidad de selección en la primera etapa fueron las escuelas y después el grupo escolar al interior de éstas. Se planeó por conglomerados (grupos) con la finalidad de optimizar los tiempos de los aplicadores y disminuir costos de trabajo de campo. La muestra obtenida de grupos y alumnos es autoponderada por delegación con el objeto de facilitar el mecanismo de estimación y el procesamiento de datos.

Debido a que la selección de la muestra parte de un esquema auto ponderado de grupos y alumnos, se estableció lo siguiente:

- Se calculó una fracción de muestreo general para aplicarse en los estratos que conformaron cada una de las delegaciones políticas.
- Se realizó el acumulado de grupos según tipo de escuela por Delegación.
- Se seleccionaron nuevos "arranques" aleatorios dentro de cada uno de los estratos para lograr la selección independiente de los grupos escolares.
- El "arranque" aleatorio se obtuvo al azar entre el número cero y el intervalo de selección calculado.

La muestra total del estudio consto de 10659 alumnos, para fines de la investigación se utilizaron 3603 sujetos, ya que corresponden al número de alumnos que respondieron la Forma A del cuestionario.

4.8 Instrumento:

Se utilizó un instrumento que ha sido previamente validado y cuyos indicadores principales se han mantenido en las diversas encuestas. Dicho instrumento fue aplicado en tres versiones debido a su extensión, con un tiempo promedio de 75 minutos. De esta manera, las secciones que se mantuvieron iguales para todos los sujetos fueron:

- Datos sociodemográficos, nivel socioeconómico percibido, el cual tiene como finalidad conocer los principales datos del estudiante, sexo, ingresos, grado escolar, etc.
- Consumo de drogas, alcohol y tabaco, problemas relacionados con el consumo de drogas; estos apartados tienen como finalidad conocer las características del consumo de estas sustancias en los estudiantes (cantidad, hábitos de consumo, edad

de inicio, etc.), disponibilidad de drogas, tolerancia social y percepción de riesgo del consumo de drogas, normas familiares sobre el consumo de alcohol.

- Conducta y actitud antisocial, intento e ideación suicida, ambiente familiar y autoestima, ajuste social, conducta sexual y abuso sexual y estrés psicosocial.

Cada forma se aplicó a una muestra de tamaño similar e incluye lo siguiente:

- En la forma A se incluye la evaluación del tiempo libre, trastornos de alimentación, lugares donde consigue y consume bebidas alcohólicas, nivel de ansiedad, asertividad y hábitos de educación de sus padres.
- Las secciones de la forma B están relacionadas con su ambiente escolar principalmente, por qué ha dejado de ir a la escuela, rendimiento escolar percibido, percepción de la escuela, de los maestros y del director, razones por las que estudia, apoyo social que recibe para seguir estudiando, actividades escolares que realiza, hábitos de estudio y percepción de inseguridad social.
- En la forma C se encuentran las secciones adicionales en las que se indaga sobre el nivel de satisfacción que tiene el adolescente con diferentes áreas de su vida, características de sus amigos, escala de tamizaje del Trastorno por Déficit de Atención, apoyo social y depresión

Para el presente estudio se utilizaron las siguientes secciones:

- Conducta antisocial: Para el análisis de esta sección se utiliza el cuestionario general en donde aparece este apartado. Consta de 12 reactivos, los cuales tratan de medir y conocer el tipo de conductas antisociales que realizan los estudiantes con preguntas como: tomar un auto sin permiso, tomar dinero, golpear o herir a alguien a propósito, hacer lo que quiera aunque afecte a los demás, atacar a alguien con un cuchillo, etc., y conocer la edad de inicio de estas conductas. Para la confiabilidad de esta escala se obtuvieron dos factores (el primer factor agrupa cuestiones como vender droga, tomar parte en riñas, golpear a una persona) obteniéndose para este factor un alfa de Cronbach de 0.707, mientras que para el segundo factor (que agrupa cuestiones de robo) el coeficiente fue de 0.611, siendo el total del coeficiente de alpha de 0.748. (Juárez, et al., 1998). La sección de actos antisociales está dividida en tres áreas: a) actos graves, en los cuales se contemplan tomar dinero o cosas con valor de más de \$500, forzar cerraduras, atacar a alguien usando algún objeto como cuchillo, arma, etc., vender drogas y usar un cuchillo o pistola para obtener algún

objeto de otra persona; b) actos leves, en los que se incluye tomar dinero con valor de \$50 pesos o menos, tomar mercancía de una tienda sin pagarla y sin cuasar daños, golpear o dañar algo, golpear o herir a alguien a propósito, tomar parte en riñas o peleas y prender fuego a propósito a objetos; y c) actos antisociales, en los cuales se incluyen todas las conductas mencionadas anteriormente.

- Ambiente familiar: La escala original consiste en 42 preguntas que han sido validadas en la población de estudiantes de México, el principal interés de esta sección es preguntar sobre cómo es la comunicación, el apoyo y el rechazo que percibe el adolescente en su relación con sus padres. Los indicadores de confiabilidad reportan un alfa de Cronbach de 0.70 para cada una de las áreas (dos de comunicación y una de rechazo) y las cargas factoriales son superiores a 0.40 en todos los casos. En análisis posteriores de la escala se obtuvo una versión más sencilla con 18 reactivos que tiene cargas factoriales superiores a 0.50 y que muestran correlaciones superiores a 0.80 con las áreas originales que contienen más reactivos (Villatoro, Andrade, Fleiz, Medina-Mora, Reyes, 1997). Los factores se componen de la siguiente manera:

- a) Hostilidad y rechazo incluye 6 reactivos.
- b) Comunicación del hijo incluye 3 reactivos.
- c) Apoyo de los padres incluye 3 reactivos.
- d) Comunicación de los padres incluye 3 reactivos
- e) Apoyo cotidiano del hijo incluye 3 reactivos.

- Maltrato: Apartado que se encuentra dentro del cuestionario clasificado como hábitos de educación de los padres. Se encuentra en la forma "A", consta de 11 preguntas, en las cuales se exploran las formas características que tienen los padres para corregir y educar a sus hijos, entre las cuales se encuentran si es por medio de groserías, golpes, regaños, castigos, hablando, amenazas, etc. Los análisis preeliminares de confiabilidad reportaron un alfa de Cronbach de 0.80 para la disciplina negativa severa, 0.85 para la disciplina prosocial y 0.641 para la disciplina negativa. El apartado de maltrato está dividido en tres áreas: disciplina negativa severa que incluye dejarlo sin comer, obligarlo a hacer cosas que no quiere, amenazándolo, golpeándolo e ignorándolo; la segunda área corresponde a la disciplina prosocial que incluye conversar con él, hacerle ver el error; mientras que la

disciplina negativa abarca los regaños y llamadas de atención por medio de gritos y quitándole privilegios o actividades que le gustan.

4.9 Procedimiento

El diseño operativo de la encuesta incluye un Coordinador Central, seis Supervisores y 23 Encuestadores, seleccionados entre un total de 30 sujetos capacitados. El curso de capacitación tiene una duración de 12 horas, incluyendo aspectos conceptuales relacionados con las adicciones, antecedentes y los objetivos del proyecto, así como el manejo del cuestionario y las instrucciones para la aplicación-selección de los grupos. Se puso especial cuidado en que los encuestadores sepan transmitir instrucciones que garanticen a los alumnos la confidencialidad y el anonimato de sus respuestas. Además, se tratan todos los aspectos administrativos relacionados con la función de los encuestadores.

El coordinador es el responsable del control del trabajo de campo, coordina la entrega de materiales y el ejercicio financiero. Los supervisores vigilan el trabajo de campo en una zona o delegación específica, además ayudan a los encuestadores a solucionar problemas como localización y permisos de entrada a las escuelas. Los encuestadores tienen a su cargo la selección predefinida de grupos en la escuela y la aplicación de los cuestionarios.

La duración promedio de aplicación por grupo es de 75 minutos. Al final de la aplicación, a los alumnos se les entregó el folleto preventivo "¿Qué onda con tu vida?" con la indicación "Este folleto es para ti, por favor revísalo".

Posteriormente a la aplicación, los encuestadores tienen a su cargo la verificación de las respuestas, esta revisión es supervisada por el coordinador central y los supervisores, quienes hacen una verificación adicional con el fin de:

- a) Clasificar las sustancias reportadas por los estudiantes,
- b) verificar que se trate de una droga y se use con motivos de intoxicación, y
- c) detectar, corregir o, en su caso, eliminar cuestionarios inconsistentes.

4.10 Análisis de datos

En primer instancia, se realizarán los análisis de confiabilidad y validez de la escala de maltrato a través del análisis de alpha de Cronbach y del análisis factorial exploratorio. En un segundo momento, se realizarán análisis descriptivos de los datos con la finalidad de conocer un perfil de quiénes cometen los diferentes tipos de actos antisociales.

En tercer lugar, en consonancia con los objetivos que se plantean en este estudio, que indican como interés principal el conocer si los adolescentes que han cometido actos antisociales tienen circunstancias diferentes de maltrato y de su ambiente familiar (escalas continuas medidas a nivel intervalar), en comparación con aquellos que no los han cometido, se tiene como análisis el análisis de varianza de dos factores (sexo y si ha o no cometido actos antisociales).

Finalmente, se realizarán regresiones logísticas para conocer el impacto de estas dos variables (maltrato y ambiente familiar) junto con otros indicadores sociodemográficos (sexo y edad), sobre el tipo de actos antisociales que han cometido los adolescentes.

CAPÍTULO 5: RESULTADOS

Con la finalidad de cumplir con los objetivos planteados en este trabajo se llevaron a cabo varios análisis de los resultados, en primer lugar se estudiaron las posibles diferencias por sexo y conductas antisociales, para dichos análisis se utilizó la X^2 con un nivel de significancia de 0.05. En segundo lugar se llevó a cabo un análisis de varianza de dos factores (sexo y conductas antisociales) con las variables de este estudio, es decir maltrato y ambiente familiar y se observaron si existían o no diferencias entre los grupos ($p < 0.05$). Por último se realizó una regresión logística con la finalidad de conocer el impacto de las variables de estudio (maltrato y ambiente familiar) y variables sociodemográfica como sexo y edad en la presencia de conducta antisocial.

5.1. DIFERENCIAS POR SEXO.

En primera instancia se realizó un análisis para saber si es que existen diferencias en la presencia de conductas antisociales por sexo. Para cumplir con dicho objetivo se utilizó la X^2 , y se encontró que en las tres áreas que corresponden a la conducta antisocial efectivamente en todos los casos existen diferencias por sexo, siendo en todas las circunstancias los hombres quienes cometen más actos antisociales (Tabla 1).

Tabla 1: Actos antisociales por sexo.

	Hombres		Mujeres		X^2	Prob.
	N	%	N	%		
Tomar un auto sin permiso	468	8.7	97	1.8	248.9	.000
Tomar dinero o cosas con valor de \$50	696	13.0	413	7.8	74.8	.000
Tomar dinero o cosas con valor de \$500	172	3.2	56	1.1	57.3	.000
Forzar cerraduras para entrar a algún lugar	188	3.5	44	.8	87.7	.000
Tomar mercancía de una tienda sin pagarla	757	14.1	355	6.7	154.2	.000
Golpear o dañar algo	861	16.1	358	6.8	224.5	.000
Atacar a alguien, usando algún objeto	268	5.0	75	1.4	107.6	.000
Vender drogas	130	2.4	27	.5	65.6	.000
Golpear o herir a propósito a alguien	522	9.7	256	4.9	92.6	.000
Tomar parte en riñas o peleas	1178	22.0	537	10.2	271.7	.000
Prender fuego a propósito	308	5.7	67	1.3	154.8	.000
Usar un cuchillo o pistola para obtener algún objeto	113	2.1	27	.5	50.9	.000
Graves	555	10.3	172	3.3	380.2	.000
Leves	2083	38.7	1195	22.6	207.9	.000
Actos antisociales	2241	41.7	1262	23.9	323.3	.000

Como ya se mencionó anteriormente los hombres son los que más cometen actos antisociales en comparación con las mujeres pero es interesante señalar que en la mayoría de los casos es el doble de hombres los que los cometen, y en especial para actos graves el 10% es el que comete estos actos contra 3.3% de mujeres que cometen actos graves.

5.2. MALTRATO Y AMBIENTE FAMILIAR POR CONDUCTA ANTISOCIAL Y SEXO.

En la tabla 2 y la gráfica 1 podemos observar que para el ambiente familiar, en el área de hostilidad y rechazo ($\bar{x} = 1.6$), comunicación del hijo ($\bar{x} = 2.4$), comunicación de los papás ($\bar{x} = 2.7$) y apoyo significativo del hijo ($\bar{x} = 3.0$) no existen diferencias estadísticamente significativas por sexo. En tanto que, en el área de apoyo de los papás sí se encontraron diferencias estadísticamente significativas, de manera que los hombres reportan menor apoyo ($\bar{x} = 3.1$) que las mujeres ($\bar{x} = 3.2$).

En lo que respecta a los que cometen y no cometen actos, se encontró que existen diferencias estadísticamente significativas, para todas las áreas del apartado de ambiente familiar. Los que cometen actos reportaron mayores niveles de hostilidad y rechazo ($\bar{x} = 1.6$) y niveles menores de comunicación del hijo ($\bar{x} = 2.1$), apoyo de los papás ($\bar{x} = 3.0$), comunicación de los papás ($\bar{x} = 2.6$) y apoyo significativo del hijo ($\bar{x} = 2.8$) que los que no cometen actos antisociales ($\bar{x} = 1.5$, $\bar{x} = 2.4$, $\bar{x} = 3.1$, $\bar{x} = 2.7$ y $\bar{x} = 2.9$ respectivamente).

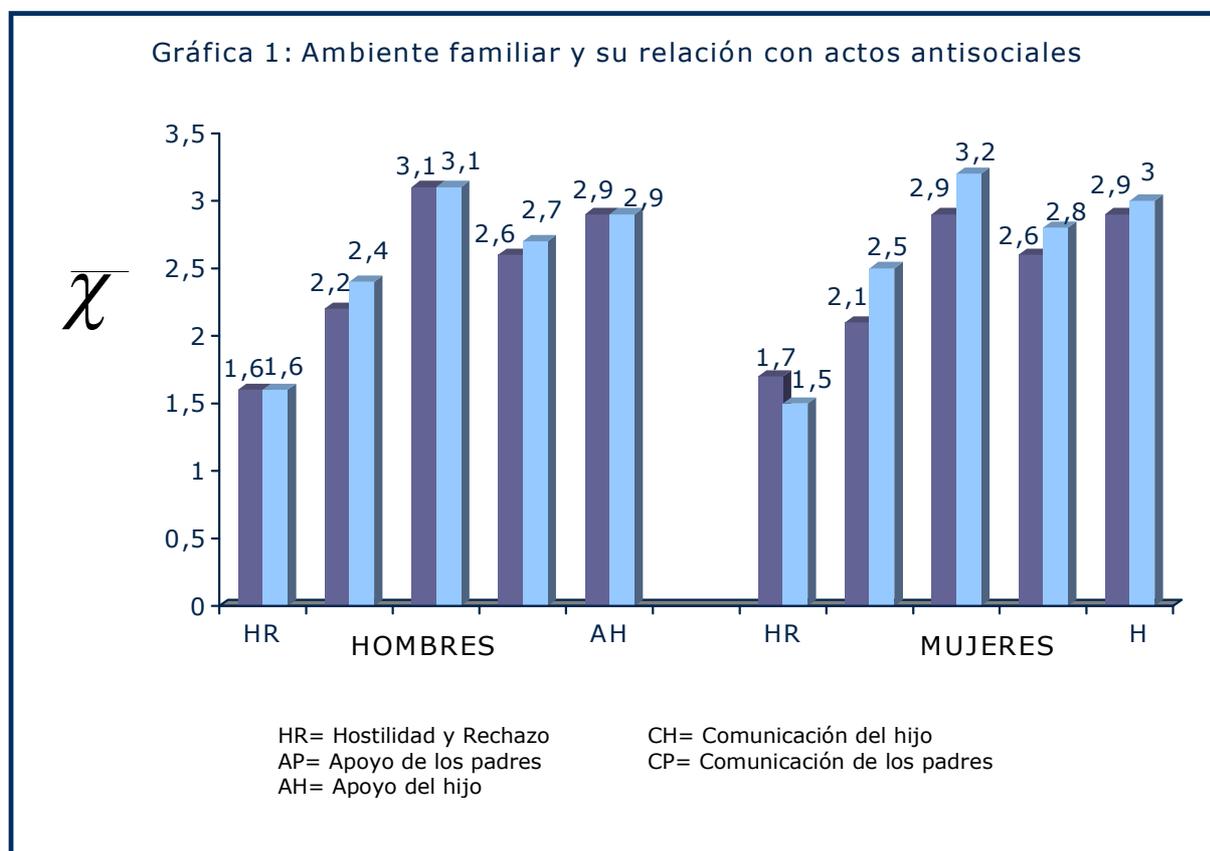
El análisis de la interacción de los dos factores: sexo, actos- no actos con el ambiente familiar mostró lo siguiente: para el área de hostilidad y rechazo existen diferencias estadísticamente significativas y son las mujeres que cometen actos quienes reportaron mayores niveles de hostilidad y rechazo ($\bar{x} = 1.7$). En la comunicación del hijo se reportaron diferencias estadísticamente significativas, siendo las mujeres que cometen actos quienes también reportaron menor comunicación ($\bar{x} = 2.1$).

En el área de apoyo de los padres también se presentan diferencias estadísticamente significativas, y una vez más son las mujeres que cometen actos quienes reportaron los más bajos niveles ($\bar{x} = 2.9$). La comunicación de los papás y el apoyo significativo del hijo presentan diferencias estadísticamente significativas, siendo para estos casos, los hombres y mujeres que cometen actos quienes reportaron menor comunicación y apoyo con medias de 2.6 y 2.9 respectivamente.

Tabla 2: Análisis de varianza de dos factores (sexo y actos antisociales) para las variables del ambiente familiar y el maltrato.

		Actos antisociales	No actos antisociales	F	Sexo Prob	Actos Prob	Interac Prob
Hostilidad y rechazo	Hombres	$\bar{\chi}$	1.6	17.24	.219	.000	.000
		DE	.6				
	Mujeres	$\bar{\chi}$	1.7				
		DE	.6				
Comunicación del hijo	Hombres	$\bar{\chi}$	2.2	92.41	.298	.000	.003
		DE	.9				
	Mujeres	$\bar{\chi}$	2.1				
		DE	.9				
Apoyo de los papás	Hombres	$\bar{\chi}$	3.1	23.01	.011	.000	.000
		DE	.9				
	Mujeres	$\bar{\chi}$	2.9				
		DE	.9				
Comunicación de los papás	Hombres	$\bar{\chi}$	2.6	26.51	.753	.000	.000
		DE	.8				
	Mujeres	$\bar{\chi}$	2.6				
		DE	.9				
Apoyo significativo del hijo	Hombres	$\bar{\chi}$	2.9	16.38	.216	.000	.000
		DE	.9				
	Mujeres	$\bar{\chi}$	2.9				
		DE	.9				
Disciplina negativa severa	Hombres	$\bar{\chi}$	1.3	35.40	.896	.000	.014
		DE	.4				
	Mujeres	$\bar{\chi}$	1.3				
		DE	.3				
Disciplina prosocial	Hombres	$\bar{\chi}$	2.3	5.07	.018	.898	.045
		DE	.7				
	Mujeres	$\bar{\chi}$	2.3				
		DE	.7				
Disciplina negativa	Hombres	$\bar{\chi}$	1.9	54.97	.000	.000	.838

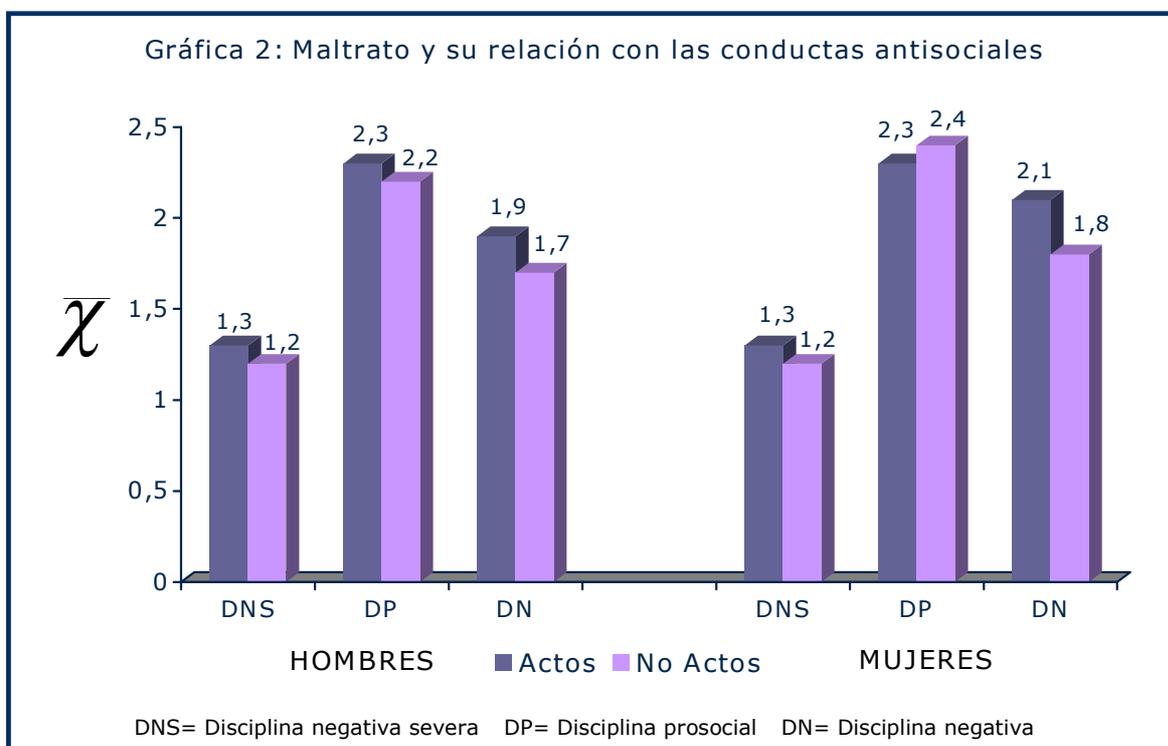
Mujeres	DE	.5	.5
	$\bar{\chi}$	2.1	1.8
	DE	.5	.5



La tabla 2 y la gráfica 2 muestran los resultados para el área del maltrato y se encontró que en la disciplina prosocial y la disciplina negativa se encontraron diferencias estadísticamente significativas por sexo, siendo las mujeres quienes presentan mayores niveles de disciplina prosocial ($\bar{\chi}=2.3$) y de disciplina negativa ($\bar{\chi}=1.9$) que los hombres ($\bar{\chi}=2.2$ y $\bar{\chi}=1.8$ respectivamente). Para el área de disciplina negativa severa no se encontraron diferencias estadísticamente significativas por sexo.

Entre los grupos que cometen actos y los que no los cometen no se encontraron en la disciplina prosocial diferencias estadísticamente significativas ($\bar{\chi}=2.3$), lo contrario ocurre en la disciplina negativa severa y en la disciplina negativa siendo los que cometen actos ($\bar{\chi}=1.3$ y $\bar{\chi}=1.9$ respectivamente) quienes reportaron mayores niveles de los que no cometen actos ($\bar{\chi}=1.9$ y $\bar{\chi}=1.7$ respectivamente).

Para el análisis de la interacción de los factores: sexo, actos- no actos con el área de maltrato se encontró que no existen diferencias estadísticamente significativas en la disciplina negativa. En la disciplina prosocial se encontraron diferencias estadísticamente significativas siendo los hombres que no cometen actos antisociales quienes reportaron los niveles más bajos ($\bar{\chi}=2.2$). En la disciplina negativa severa las diferencias fueron estadísticamente significativas, en donde tanto hombres ($\bar{\chi}=1.3$) como mujeres ($\bar{\chi}=1.3$) que cometen actos antisociales reportaron mayores niveles.



En la tabla 3 y gráfica 3 se pueden observar los resultados del apartado de ambiente familiar y los actos antisociales graves. En donde se encontró que para el área de hostilidad y rechazo ($\bar{\chi}=1.5$) no existen diferencias estadísticamente significativas por sexo. La comunicación del hijo, el apoyo de los papás, comunicación de los papás y apoyo significativo del hijo presentaron diferencias estadísticamente significativas siendo las mujeres quienes reportaron niveles mayores que el de los hombres.

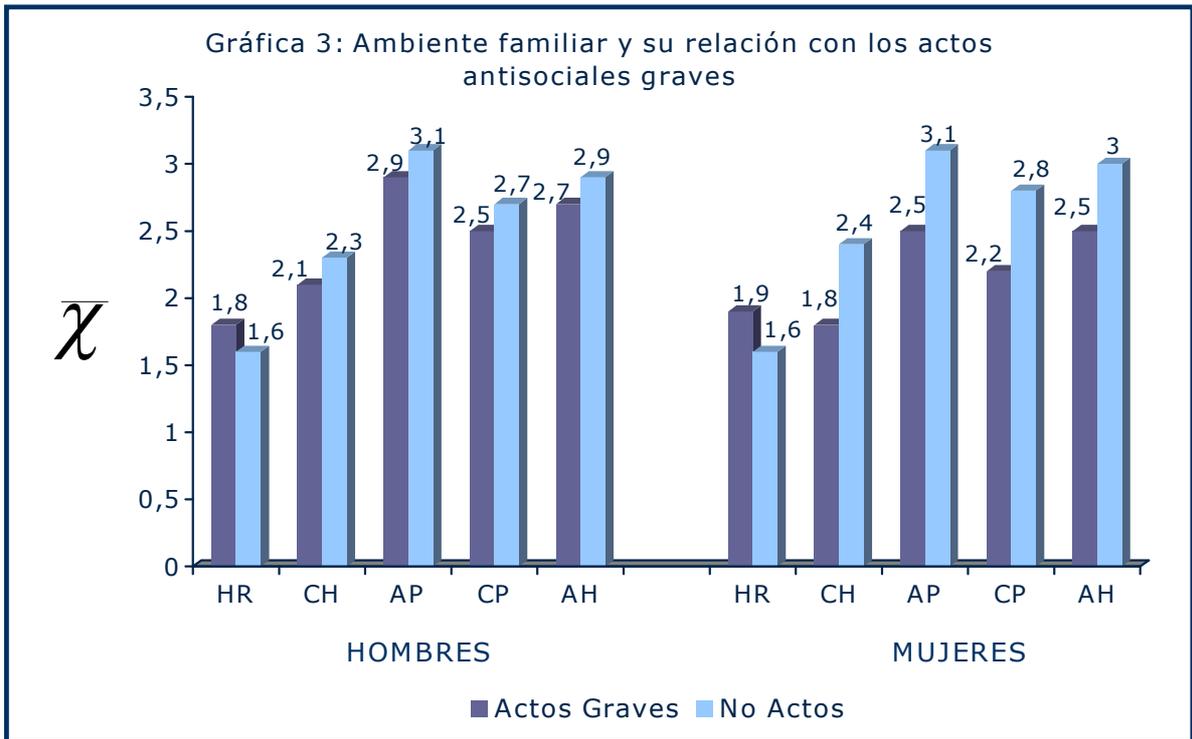
Tabla 3: Análisis de varianza de dos factores (sexo y actos graves) para las variables de ambiente familiar y maltrato.

		Actos graves	No actos graves	F	Sexo Prob	Actos Prob	Interac Prob
Hostilidad y rechazo	Hombres	$\bar{\chi}$	1.8	1.6	31.55	.171	.000
		DE	.6	.7			
	Mujeres	$\bar{\chi}$	1.9	1.6			
		DE	.7	.6			
Comunicación del hijo	Hombres	$\bar{\chi}$	2.1	2.3	36.40	.030	.000
		DE	.9	.9			
	Mujeres	$\bar{\chi}$	1.8	2.4			
		DE	.8	1.0			
Apoyo de los papás	Hombres	$\bar{\chi}$	2.9	3.1	34.37	.000	.000
		DE	.9	.9			
	Mujeres	$\bar{\chi}$	2.5	3.1			
		DE	1.0	.9			
Comunicación de los papás	Hombres	$\bar{\chi}$	2.5	2.7	31.37	.002	.000
		DE	.8	.9			
	Mujeres	$\bar{\chi}$	2.2	2.8			
		DE	.8	.9			
Apoyo significativo del hijo	Hombres	$\bar{\chi}$	2.7	2.9	32.16	.026	.000
		DE	1.0	.9			
	Mujeres	$\bar{\chi}$	2.5	3.0			
		DE	.9	.9			
Disciplina negativa severa	Hombres	$\bar{\chi}$	1.4	1.2	23.83	.023	.000
		DE	.5	.4			
	Mujeres	$\bar{\chi}$	1.5	1.2			
		DE	.5	.3			
Disciplina prosocial	Hombres	$\bar{\chi}$	2.2	2.3	11.15	.282	.000
		DE	.7	.7			
	Mujeres	$\bar{\chi}$	2.0	2.4			
		DE	.8	.7			
Disciplina negativa							

Hombres	$\bar{\chi}$	1.9	1.8	9.38	.013	.003	.621
	DE	.6	.5				
Mujeres	$\bar{\chi}$	2.0	1.9				
	DE	.6	.5				

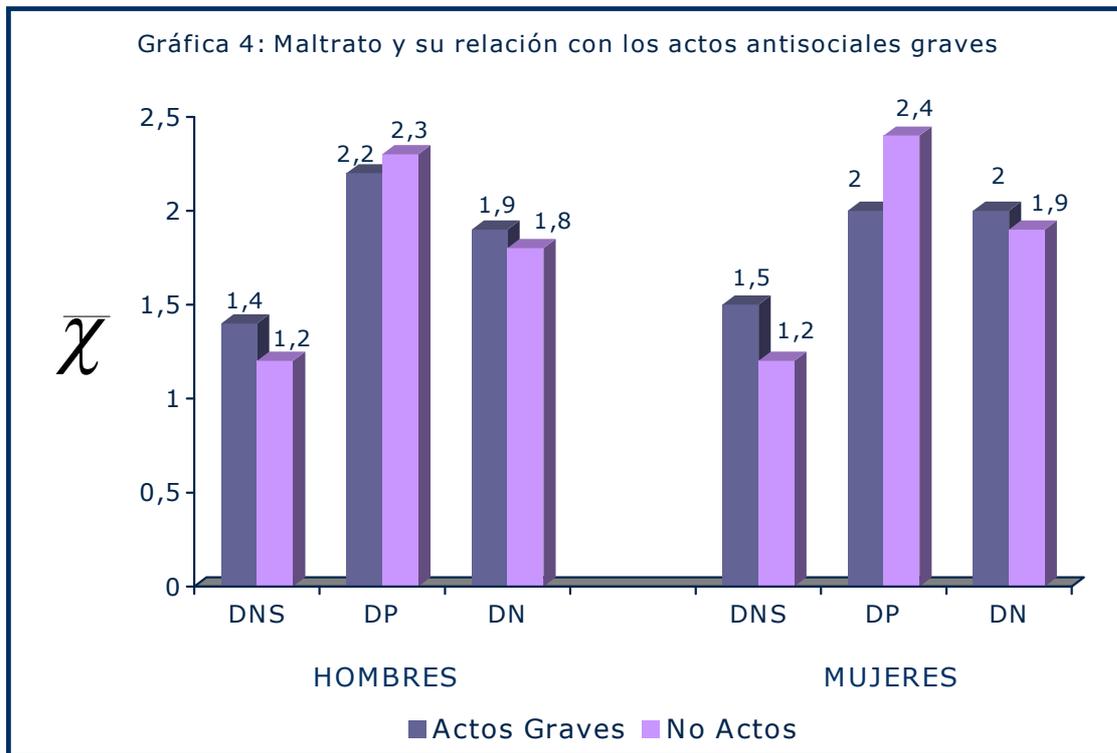
Los resultados del análisis de los grupos de los que cometen actos y los que no cometen muestran que existen diferencias estadísticamente significativas para todas las áreas del apartado de ambiente familiar. En el área de hostilidad y rechazo quienes cometen actos ($\bar{\chi} = 1.81$) presentan niveles mayores de los que no cometen actos ($\bar{\chi} = 1.58$). Los que no cometen actos presentan mayores niveles de comunicación del hijo ($\bar{\chi} = 2.3$), apoyo de los papás ($\bar{\chi} = 3.1$), comunicación de los papás ($\bar{\chi} = 2.7$) y apoyo significativo del hijo ($\bar{\chi} = 2.9$) a diferencia de los que cometen actos antisociales ($\bar{\chi} = 2.0$, $\bar{\chi} = 2.8$, $\bar{\chi} = 2.4$ y $\bar{\chi} = 2.6$ respectivamente).

El análisis de la interacción de los factores: sexo y actos- no actos con el ambiente familiar mostró que existen diferencias estadísticamente significativas en todas las áreas. En el área de hostilidad y rechazo el grupo que comete actos antisociales presentó mayores niveles, pero además fueron las mujeres ($\bar{\chi} = 1.9$) quienes reportaron mayores niveles que los hombres ($\bar{\chi} = 1.8$).



Para las otras áreas, los resultados fueron similares, tanto hombres como mujeres que cometen actos reportaron niveles menores de comunicación del hijo, apoyo de los papás, comunicación de los papás y apoyo significativo del hijo, y en todos los casos fueron las mujeres que cometen actos quienes reportaron niveles más bajos en comparación con los hombres que realizan actos antisociales.

La tabla 3 y la gráfica 4 muestran los resultados para el área del maltrato y los actos antisociales graves, en donde se encontró que en la disciplina prosocial no existen diferencias estadísticamente significativas por sexo ($\bar{x}=2.3$). En la disciplina negativa severa se encontraron diferencias estadísticamente significativas, en donde los hombres ($\bar{x}=1.3$) reportaron mayores niveles que las mujeres ($\bar{x}=1.2$).



Entre los grupos de los que cometen actos y los que no cometen se encontró que existen diferencias estadísticamente significativas para las tres áreas, en la disciplina prosocial los niveles más bajos fueron para el grupo que comete ($\bar{\chi}=2.1$) que para el que no lo hace ($\bar{\chi}=2.3$); en la disciplina negativa severa y en la disciplina negativa el grupo que comete actos antisociales ($\bar{\chi}=1.4$ y $\bar{\chi}=1.9$ respectivamente) reportó niveles mayores que los del grupo que no comete actos ($\bar{\chi}=1.2$ y $\bar{\chi}=1.8$ respectivamente).

En el análisis de la interacción entre sexo, actos- no actos con el área del maltrato se encontró que no existen diferencias estadísticamente significativas en la disciplina negativa, mientras que en la disciplina prosocial y en la disciplina negativa severa se encontraron diferencias estadísticamente significativas, en la disciplina prosocial las mujeres que cometen actos reportaron menores niveles ($\bar{\chi}=2.0$) y en la disciplina negativa severa el grupo que comete actos presenta mayores niveles, además de que las mujeres que cometen actos reportan los niveles más altos con una media de 1.5.

En la tabla 4 y la gráfica 5 podemos observar que para el ambiente familiar y los actos leves se encontró que no existen diferencias estadísticamente significativas por sexo para el área

de hostilidad y rechazo ($\bar{\chi} = 1.5$), comunicación del hijo ($\bar{\chi} = 2.3$), comunicación de los papás ($\bar{\chi} = 2.7$) y apoyo significativo del hijo ($\bar{\chi} = 2.9$). Mientras que en el área de apoyo de los papás se encontraron diferencias estadísticamente significativas siendo las mujeres ($\bar{\chi} = 3.0$) quienes reportan mayores niveles que el de los hombres ($\bar{\chi} = 2.9$).

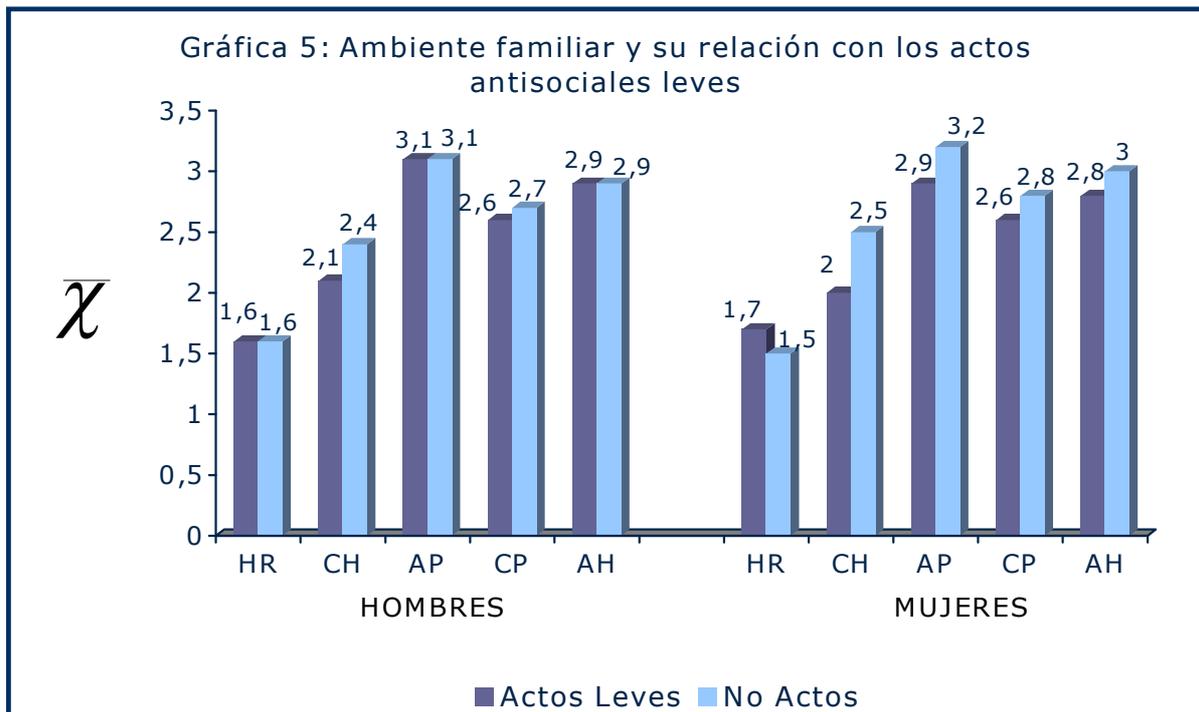
Entre el grupo de los que cometen actos y los que no lo hacen se encontraron diferencias estadísticamente significativas para todas las áreas, en hostilidad y rechazo los que si cometen ($\bar{\chi} = 1.6$) tienen mayores niveles que los que no cometen actos ($\bar{\chi} = 1.5$). La comunicación del hijo ($\bar{\chi} = 2.1$), el apoyo de los papás ($\bar{\chi} = 3.0$), la comunicación de los papás ($\bar{\chi} = 2.6$) y el apoyo significativo del hijo ($\bar{\chi} = 2.8$) fue menor para el grupo de los que comete actos a diferencia de los que no lo hacen ($\bar{\chi} = 2.4$, $\bar{\chi} = 3.1$, $\bar{\chi} = 2.7$ y $\bar{\chi} = 2.9$ respectivamente).

De igual forma, el análisis de la interacción entre sexo y actos- no actos con el ambiente familiar mostró que existen diferencias estadísticamente significativas en todas las áreas del ambiente familiar. Para las áreas de comunicación del hijo ($\bar{\chi} = 2.0$), apoyo de los papás ($\bar{\chi} = 2.9$) y apoyo significativo del hijo ($\bar{\chi} = 2.8$) son las mujeres que cometen actos quienes reportaron los niveles más bajos. La hostilidad y el rechazo muestra que las mujeres que cometen actos reportan los niveles más altos, con una media de 1.7.

Tabla 4: Análisis de varianza de dos factores (sexo y actos leves) para las variables de ambiente familiar y maltrato.

		Actos leves	No actos leves	F	Sexo Prob	Actos Prob	Interac Prob
Hostilidad y rechazo	Hombres	$\bar{\chi}$		14.73	.228	.000	.000
		1.6	1.6				
		.6	.7				
	DE						
Mujeres	$\bar{\chi}$	1.7	1.5				
	DE	.6	.6				
Comunicación del hijo							

Hombres	$\bar{\chi}$	2.1	2.4	97.13	.251	.000	.001
	DE	.9	.9				
Mujeres	$\bar{\chi}$	2.0	2.5				
	DE	.9	1.0				
Apoyo de los papás							
Hombres	$\bar{\chi}$	3.1	3.1	21.94	.009	.000	.000
	DE	.9	1.0				
Mujeres	$\bar{\chi}$	2.9	3.2				
	DE	.9	.9				
Comunicación de los papás							
Hombres	$\bar{\chi}$	2.6	2.7	27.26	.845	.000	.000
	DE	.8	.9				
Mujeres	$\bar{\chi}$	2.6	2.8				
	DE	.9	.9				
Apoyo significativo del hijo							
Hombres	$\bar{\chi}$	2.9	2.9	16.31	.253	.000	.000
	DE	.9	1.0				
Mujeres	$\bar{\chi}$	2.8	3.0				
	DE	.9	.9				
Disciplina negativa severa							
Hombres	$\bar{\chi}$	1.3	1.2	34.04	.759	.000	.048
	DE	.4	.4				
Mujeres	$\bar{\chi}$	1.3	1.2				
	DE	.4	.3				
Disciplina prosocial							
Hombres	$\bar{\chi}$	2.3	2.2	4.85	.022	.922	.068
	DE	.7	.8				
Mujeres	$\bar{\chi}$	2.3	2.4				
	DE	.7	.7				
Disciplina negativa							
Hombres	$\bar{\chi}$	1.9	1.7	50.76	.000	.000	.823
	DE	.5	.5				
Mujeres	$\bar{\chi}$	2.1	1.8				
	DE	.5	.5				

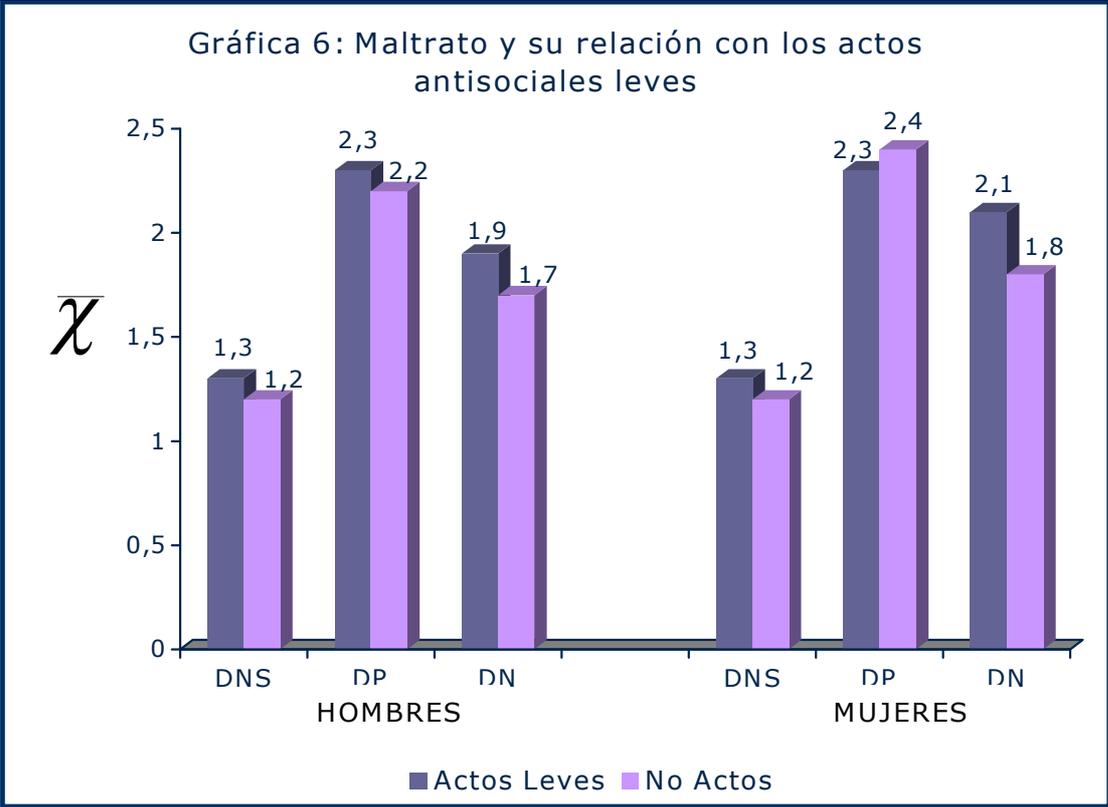


La tabla 4 y la gráfica 6 muestran que para el área de maltrato existen diferencias estadísticamente significativas por sexo, siendo las mujeres ($\bar{x} = 2.3$) quienes reportaron mayores niveles de disciplina prosocial que los hombres ($\bar{x} = 2.2$). En la disciplina negativa severa no se encontraron diferencias estadísticamente significativas por sexo ($\bar{x} = 1.2$). Mientras que en la disciplina negativa se encontraron diferencias estadísticamente significativas y son las mujeres ($\bar{x} = 1.9$) quienes presentan niveles mayores que los de los hombres ($\bar{x} = 1.8$).

El análisis de los grupos que cometen actos y los que no los cometen muestra que no existen diferencias estadísticamente significativas en la disciplina prosocial ($\bar{x} = 2.3$). En donde si se encontraron diferencias estadísticamente significativas fue en la disciplina negativa severa y la disciplina negativa las cuáles son mayores para el grupo que comete actos antisociales ($\bar{x} = 1.3$ y $\bar{x} = 1.9$ respectivamente) a diferencia del grupo que no comete ($\bar{x} = 1.1$ y $\bar{x} = 1.7$ respectivamente).

Los resultados del análisis de interacción entre sexo y actos- no actos con el apartado de maltrato muestran que existen diferencias estadísticamente significativas en la disciplina negativa severa siendo tanto hombres y mujeres que cometen actos quienes reportaron mayores niveles ($\bar{x} = 1.3$ y $\bar{x} = 1.3$ respectivamente) que los que no cometen actos ($\bar{x} = 1.2$ y $\bar{x} = 1.2$).

En la disciplina prosocial también se encontraron diferencias estadísticamente significativas, los hombres que no cometen actos antisociales fueron quienes reportaron los niveles más bajos ($\bar{x}=2.2$). Para la disciplina negativa no se encontraron diferencias estadísticamente significativas.



Posteriormente, se realizó un análisis de regresión logística, con la finalidad de evaluar el impacto de los diversos predictores en forma conjunta. Los datos para el análisis relacionado con el global de actos antisociales (Tabla 5) indican que los hombres presentan un riesgo 1.6 veces mayor que las mujeres. La edad es otro predictor, de manera que por cada año que el adolescente crece, se incrementa casi 11% la probabilidad de que incurra en este tipo de conducta.

En cuanto al ambiente familiar, la presencia de mayor hostilidad y rechazo incrementa un 17% la ocurrencia de esta conducta. Otro aspecto importante es la comunicación de los hijos hacia los padres, de manera que a menor comunicación, se incrementa un 36% la presencia de conductas antisociales. Un menor apoyo significativo de los hijos también es un predictor importante, de manera que menor apoyo incrementa un 14% la presencia de conductas antisociales.

En el área de la disciplina y el maltrato, la presencia de disciplina negativa severa incrementa un 33% la presencia de estos actos. En tanto, la presencia de disciplina negativa, se incrementa un 74% la probabilidad de presencia de estos actos.

Tabla 5: Regresión logística para actos antisociales

	Sig.	Exp (B)	I.C. 95%
Sexo	.000	2.609	2.189-3.109
Edad	.000	1.112	1.062-1.164
Hostilidad y rechazo	.020	1.173	1.025-1.343
Comunicación del hijo	.000	1.359	1.215-1.521
Apoyo de los papás	.071	.878	.763-1.011
Comunicación de los papás	.650	.968	.842-1.113
Apoyo de los hijos	.047	1.138	1.001-1.292
Disciplina negativa severa	.011	1.328	1.067-1.654
Disciplina prosocial	.549	1.042	.911-1.191
Disciplina negativa	.000	1.743	1.477-2.056

El análisis relacionado con los actos graves (Tabla 6) muestran que los hombres tienen un riesgo 2.8 veces mayor que las mujeres. La edad también es un buen predictor, y se conoce que a medida que el adolescente crece aumenta la probabilidad un 8% de cometer dichos actos.

Tabla 6: Regresión logística para actos graves

	Sig.	Exp (B)	I.C. 95%
Sexo	.000	3.816	2.584-5.633
Edad	.065	1.084	.995-1.180
Hostilidad y rechazo	.000	1.581	1.238-2.019
Comunicación del hijo	.001	1.504	1.185-1.908
Apoyo de los papás	.511	.917	.707-1.188
Comunicación de los papás	.284	1.160	.884-1.523
Apoyo de los hijos	.135	1.202	.944-1.530
Disciplina negativa severa	.064	1.410	.980-2.030
Disciplina prosocial	.161	1.198	.931-1.542
Disciplina negativa	.459	1.123	.826-1.528

En lo que se refiere al ambiente familiar encontramos que mayores niveles de hostilidad y rechazo incrementan un 58% la probabilidad de realizar dicha conducta. Otro aspecto importante es que ante la presencia de una mala comunicación del hijo con sus padres se aumenta la probabilidad un 50% de cometer actos antisociales graves.

Para el área de disciplina y maltrato se observó que la presencia de disciplina negativa severa incrementa un 20% la probabilidad de realizar actos graves.

En cuanto a los resultados obtenidos del análisis de regresión logística para los actos leves (Tabla 7) indican que los hombres tienen un riesgo 1.5 veces mayor que las mujeres de cometer dichos actos. La edad es otro predictor importante, de manera tal que por cada año que crecen tienen un riesgo casi del 10% de incrementar esta conducta.

En el ambiente familiar se encontró que la comunicación del hijo hacia sus padres es un predictor importante para la presencia de conducta antisocial, por lo que a menor comunicación el incremento de las probabilidades es del 40%. El área de apoyo de los hijos también predice la presencia de conductas antisociales, a menor apoyo el incremento de las probabilidades es del 15%.

El área de disciplina y maltrato muestra que la presencia de disciplina negativa severa aumenta un 35% las probabilidades de cometer actos leves. Mientras que la presencia de disciplina negativa incrementa un 72% las probabilidades de realizar dichos actos.

Tabla 7: Regresión logística para actos leves

	Sig.	Exp	I.C. 95%
Sexo	.000	2.481	2.076-2.965
Edad	.000	1.098	1.049-1.150
Hostilidad y rechazo	.114	1.118	.974-1.284
Comunicación del hijo	.000	1.347	1.202-1.510
Apoyo de los papás	.022	.847	.734-.976
Comunicación de los papás	.751	1.023	.888-1.178
Apoyo de los hijos	.031	1.153	1.013-1.312

Disciplina negativa severa	.007	1.355	1.087-1.689
Disciplina prosocial	.673	1.030	.899-1.179
Disciplina negativa	.000	1.728	1.461-2.044

CAPÍTULO 6: DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES.

El análisis de los resultados por sexo muestra que al igual que en la medición anterior (Villatoro y cols., 2001) son los hombres quienes cometen más actos antisociales, desafortunadamente los índices de actos cometidos van en aumento para ambos sexos, aunque se refleja más en los hombres.

En lo que respecta a las diferencias encontradas entre el grupo que comete actos antisociales y los que no lo hacen, los resultados son interesantes y sustentan las hipótesis planteadas en este trabajo, ya que se pueden observar diferencias en el ambiente familiar para cada grupo, es importante mencionar que diversos trabajos empíricos han sostenido la idea de que el entorno familiar ejerce gran influencia en el desarrollo de la conducta antisocial (Eron, Huesmann y Zelly; Frick; Gardner; Patterson citado por Southam-Gerow y Kendall, 2002).

También, se han realizado investigaciones complementarias en donde se ha señalado la existencia de otros factores familiares que también operan en el desarrollo de las conductas antisociales: prácticas de crianza ineficaces y prácticas de disciplina negativas por parte de los padres, transiciones familiares (divorcio y nuevas nupcias) consumo de alcohol por parte de los padres, prácticas de crianza indiscriminadas (fijación de límites incongruentes) trastornos psicopatológicos de los padres (conducta antisocial) y adversidad familiar (Capaldi y Patterson; Frick; Haapasalo y Tremblay; Mc Cord; Pelham y Lang; Vuchinich, Bank y Patterson; Whaler y Duman citado por Southam-Gerow y Kendall, 2002).

Esto se ve reflejado en los resultados; el ambiente familiar del grupo que comete actos antisociales sin importar que tipo de actos cometen (graves o leves), es menos favorable que el que no los comete, los primeros, reportaron índices más altos de hostilidad y rechazo, menor apoyo y comunicación de los papás y menor apoyo y comunicación por parte de ellos. Dichos aspectos son de vital importancia ya que en varias investigaciones se ha encontrado que conflictos, hostilidad, relación paterna mínima con los hijos, carencia de calidez y afecto, así como de apego y supervisión son factores correlacionados de delincuencia y otros problemas de conducta (Cernkovich y Giordano; Laub y Sampson; Loeber y Southamer; Rosenbaum citado por Giordano y Cernkovich, 2002). Es importante destacar que aunque las diferencias entre el grupo que comete actos antisociales y los que no lo hacen no son muy grandes, si existen y esos son factores que se deben de considerar para la prevención.

En lo que respecta al área de maltrato se encontró que para el grupo de los que cometen actos, hay mayor disciplina negativa severa y disciplina negativa, que en el grupo de los que no cometen. Es importante destacar que en la disciplina prosocial no se encontraron diferencias entre los grupos, lo cuál podría deberse a que los aspectos negativos en la vida de las personas afectan más y los hacen más vulnerables ante el medio en el que se desenvuelven que las situaciones positivas, pero esto se debe comprobar llevando a cabo una investigación en donde se analice y se estudie su peso real y las consecuencias que tienen los aspectos positivos contra los negativos.

Diversas investigaciones indican que las prácticas disciplinarias mediante el castigo físico, las amenazas y las órdenes injustificadas están relacionadas con conducta hostil, interacciones agresivas con pares y comportamiento disruptivo de los niños (Patterson; Dishion, citado por Cuevas, 2003), además se encontró que las prácticas de crianza por parte de los padres que están relacionadas con la presencia de conducta antisocial son estilos excesivamente permisivos, por medio de amenazas y principalmente basados en la hostilidad (Shedler y Brook citado en Bartolo 2002), así como el poco o nulo establecimiento de reglas (Giordano y Cernkovich 2002).

Es importante señalar que son las mujeres que cometen actos antisociales quienes han tenido un ambiente familiar menos favorable y presentan mayor maltrato. Las mujeres reportaron mayores niveles de hostilidad y rechazo, menor apoyo por parte de ellas hacia sus padres y de sus padres hacia ellas y menor comunicación de ambas partes. Lo mismo sucede en la disciplina negativa severa y en la disciplina negativa en donde reportaron mayores niveles. Esto puede deberse a cuestiones de educación en donde a la mujer se le tiene más restringida y supervisada dentro del núcleo familiar y es a ellas a quienes les afecta de manera más directa los acontecimientos de su entorno.

Los aspectos familiares son más sensibles para las mujeres que para los hombres, tanto las cuestiones positivas como las negativas, valores, costumbres, reglas y todo tipo de obligaciones que se transmiten de padres a hijos. Sería interesante conocer las consecuencias que se tendrían si el manejo de la educación, las reglas y la formación fuera igual para ambos sexos, es decir, la incógnita que surge al observar estos datos, es si las diferencias entre los hombres y mujeres que cometen actos antisociales se presentan por las distintas formas de educarlos/as y manejarlos/as. Deberíamos analizar qué sucedería si

se tuviera el mismo control tanto para los hombres cómo para las mujeres y así observar como se presentan las problemáticas.

Un aspecto que es necesario, para cada sexo independientemente del tipo de control que se maneje, es el establecimiento de bases sólidas tanto para hombres como para mujeres, ante ello, se debe tener mucho cuidado y responsabilidad para evitar problemas en el futuro, por lo que es importante que los padres siempre tengan presentes las siete funciones básicas de la familia (brindar identidad al menor, proporcionar protección, desarrollar y establecer la seguridad básica, brindar las primeras y más importantes experiencias sociales, dictar y determinar la introyección de normas sociales de convivencia, el aprendizaje de la expresión amorosa y la constitución de un filtro con el resto de la sociedad, Escalante y López, 2002) y sobre todo que nunca olviden que las cosas buenas o malas que les den a sus hijos las llevarán con ellos toda la vida.

Otro aspecto que apoya el hecho de las consecuencias tan importantes que tiene un ambiente negativo y el maltrato familiar en las mujeres, es que el número de mujeres envueltas en actos antisociales va en aumento, lo cuál implica que existen mayores problemas dentro del ambiente familiar y se generan problemáticas fuertes para sus miembros.

Los resultados apoyan lo descrito en la teoría, la familia como el principal agente socializador es el encargado de enseñar las cuestiones de interacción social, valores, costumbres, etc., además de que las investigaciones que se han realizado entre la relación de la familia y la conducta antisocial se han llevado a cabo analizando el papel que desempeña la familia como mediadora de la conducta y la sociedad, en donde se parte de que los menores aprenden normas, habilidades y motivaciones que de alguna forma constituyen los patrones culturales y sociales en el que se desarrollan (Silva, 2003).

Así, en una familia donde no existe la comunicación y el apoyo por parte de los miembros, donde la mayor parte del tiempo se respira agresión y hostilidad, donde no se tienen reglas claras y bien establecidas y la disciplina es por medio de gritos, amenazas y en ocasiones golpes, el niño o el adolescente tendrá mayores dificultades para desarrollarse saludablemente. Si además del entorno familiar desfavorable, su entorno social (pares, escuela, vecindario) también es negativo, tendrá mayores riesgos y será más fácil que empiece a cometer actos antisociales. Debemos aclarar que el simple hecho de vivir en un

ambiente hostil o ambiente familiar negativo, no es la causa directa para presentar conductas antisociales, sino que simplemente les da mayores posibilidades de dejarse influenciar y caer ante las amistades desviadas.

Una vez más es importante señalar que existen algunos aspectos claros y determinantes en el ambiente familiar los cuáles están constantemente asociados a la aparición de la conducta antisocial en adolescentes, la falta de vínculos positivos entre los adolescentes y sus padres, la falta de confianza con los padres, los patrones de comunicación poco fluidos o la comunicación rígida e inconsistente en el ambiente familiar (Clark y Shields; Kazdin citado en Bartolo 2002) así como el rechazo de los padres y de los hermanos (Pike, McGuire, Hertherington, Reis citado en Bartolo 2002) y el ambiente familiar violento (Cheung citado en Bartolo 2002), por lo que son factores que se deben de considerar en primer lugar para mejorar el ambiente familiar de los adolescentes. Hoy en día se debe de hacer mucho para que las familias establezcan ambientes favorecedores para sus miembros.

Debemos crear conciencia de las consecuencias que puede llegar a tener un ambiente familiar poco favorable, ya que, como se ha ido mencionando los problemas y el maltrato en este ámbito, aunado a un entorno negativo (drogas, pares antisociales, etc), otorga mayores posibilidades de cometer actos antisociales.

En infinidad de lugares (televisión, radio, investigaciones, escuelas, etc.), se habla de la familia, de su papel en la formación de los hijos, de las problemáticas dentro de la familia y un sin fin de cuestiones más relacionadas, desafortunadamente los problemas familiares van en aumento y peor aún las consecuencias que estos tienen también. Debemos empezar a actuar para disminuir las problemáticas que se generan, es interesante que una gran cantidad de situaciones están unidas dentro de una misma problemática, es decir, la conducta antisocial está muy relacionada con el uso de drogas, por lo que hay que empezar a trabajar para mejorar el ambiente familiar y el entorno general de nuestros adolescentes.

Por lo que hay que trabajar en investigaciones futuras para mejorar las relaciones familiares y las interacciones que se dan dentro del núcleo familiar. Debemos trabajar para reducir los factores de riesgo que hacen que los jóvenes cometan actos antisociales y fortalecer a los adolescentes, brindándoles ambientes de calidad que los ayuden y protejan.

No debemos olvidarnos de la importancia que tiene la familia en el sano desarrollo de los jóvenes, por lo que tenemos que sensibilizar y concientizar a los padres del clave papel que juegan en la formación de los hijos. Ayudarlos en momentos cruciales de sus vidas, como es la etapa de la adolescencia, tratando de resaltar los aspectos positivos y no solo los negativos, para así establecer bases sólidas que les permitirán enfrentarse a cualquier problema y los ayudará a no inmiscuirse en actos antisociales.

Es importante trabajar desde la infancia, enseñar a los niños futuros padres, la importancia de la familia, el papel tan importante que tienen los padres, ya que de esta manera ayudaremos a romper el círculo vicioso que se forma, padres maltratados que maltratan a sus hijos. La prevención es un aspecto que debemos tener siempre en mente, debemos trabajar en el fortalecimiento y formación para evitar que surjan las problemáticas, ya que así será más fácil mejorar la calidad del ambiente familiar.

Un aspecto vital a solucionar, o bien mejorar, es cambiar las perspectivas, es decir, tratar de enfocar todas nuestras atenciones en los aspectos positivos de las cosas, particularmente los aspectos positivos que surgen dentro del núcleo familiar y potenciarlos, dándole a cada uno de sus miembros las herramientas más positivas y prosociales que se puedan adquirir para ayudarles dentro de la interacción con los miembros de su entorno, así ir aumentando los aspectos positivos los cuáles ayudarán de manera importante a evitar que se presenten conflictos o problemáticas y si se llegarán a presentar tendrían las herramientas y las bases para poderlas enfrentar y superar.

También debemos considerar la situación actual en la que se vive en México, en donde la situación económica es cada más difícil, en donde tanto el padre como la madre están ausentes trabajando, esto es de vital importancia ya que en ocasiones los niños o los adolescentes pasan muchas horas sin los padres, por lo que el fortalecimiento de las relaciones, el asentamiento de bases más sólidas y la orientación tanto para los padres como para los hijos ayudará a que, pese a la ausencia de los padres, no los haga más vulnerables.

Tenemos mucho que trabajar en el aspecto familiar para mejorar y si es posible erradicar las conductas problemáticas en los adolescentes, específicamente la conducta antisocial, en la panorámica más positiva de la situación, la familia completa estaría dispuesta a someterse al tratamiento para solucionar los conflictos que se tienen dentro del núcleo familiar, y así mejorar las relaciones que se tienen dentro de la misma, pero desafortunadamente la realidad es mucho más complicada, y en la mayoría de los casos los padres, se niegan a colaborar, ya que esto implica tocar aspectos dolorosos de su propia historia, o en muchas ocasiones simplemente no les interesa. Por lo que el trabajo se debe hacer únicamente con el adolescente o bien el niño afectado, lo cuál implica un trabajo mucho más profundo y sólido, ya que las situaciones en el hogar no cambiarán, por lo que deberán trabajar para superar las situaciones hostiles, agresivas, etc., que se seguirán viviendo en su núcleo familiar, ya que el cambio solo se verá reflejado en el miembro afectado de la familia y no en toda la dinámica familiar.

A su vez, en el ámbito social también hay mucho que hacer, ya que no debemos olvidar que los seres humanos, somos seres sociales, por lo que aunado al apoyo familiar debemos considerar también el aspecto escolar en la formación de nuestros hijos, ya que como es sabido, la escuela es otro factor determinante en la socialización y formación de los niños, por lo que debemos lograr que la escuela se convierta en otro factor importante para la prevención de conductas problemáticas, que ésta ayude a fortalecer los aspectos positivos y formativos del desarrollo de los individuos. También debemos considerar a los pares con los que se desarrollan los adolescentes, ayudarlos y enseñarles a convivir con redes sociales que les brinden aspectos positivos para su desarrollo, que la influencia de estos sea sana, enseñándoles la importancia de dichas relaciones.

En lo que se refiere a las futuras investigaciones sobre este tema, sería importante observar las diferentes formas de manejo y educación que reciben hombres y mujeres, y a su vez sería importante realizar una investigación en donde se manejen estilos de crianza, control y educación iguales para ambos sexos, y llevar a cabo un estudio de las consecuencias de dicha formación, para así conocer si las diferencias en cuanto al sexo y la conducta antisocial podrían explicarse de manera clara y confiable por el tipo de crianza que recibió cada uno.

REFERENCIAS

- ☺ Alcantar, I. (2002). Prevalencia del intento suicida en estudiantes adolescentes y su relación con el consumo de drogas, la autoestima, la ideación suicida y el ambiente familiar. Tesis de Licenciatura. Facultad de Psicología. México: UNAM.
- ☺ Amador, N. y Cavero M. (2004). El consumo de cocaína en los adolescentes y su relación con el ambiente familiar, el grupo de pares y la autoestima. Tesis de Licenciatura. Facultad de Psicología. México: UNAM.
- ☺ Ángel, E. (2003). La conducta agresiva y su relación con la conducta antisocial. En A. Silva. Conducta antisocial: un enfoque psicológico. pp. 101-148. México: Editorial Pax México.
- ☺ Arruabarrena, M. y de Paúl, J. (1994). Maltrato a los niños en la familia. Evaluación y tratamiento. Madrid, España: Editorial Pirámide.
- ☺ Bartolo, F. (2002). Conducta antisocial y su relación con el ambiente familiar en adolescentes. Tesis de maestro en ciencias. Facultad de Medicina. México: UNAM.
- ☺ Bonasso, A. (2000). Maltrato infantil y violencia intrafamiliar: un problema de todos. En sitio de Internet, http://iin.oea.org/discurso_maltrato_infantil.htm; fecha de último acceso 3 de agosto del 2005
- ☺ Castellanos, F.; Guzmán, S.; López, T. y Gómez, J. (2004). La familia del menor infractor. México: REINTEGRA.
- ☺ Cuevas, M. (2003). Los factores de riesgo y la prevención de la conducta antisocial. En A. Silva (2003) Conducta antisocial: un enfoque psicológico. pp. 25-64. México: Editorial Pax México.
- ☺ D'Agostino, E. (2001). Adolescencia y familia en el mundo actual: propuestas para una educación para la vida familiar y social. En sito de internet: <http://www.alafa.org/familia.htm>. Fecha de último acceso 27 de julio del 2005
- ☺ Dishion, T. y Patterson, G. (2002). Momento y gravedad de la conducta antisocial, tres hipótesis en un marco ecológico. En D. Staff, J. Breiling y J. Maser (comp.). Biblioteca de Psicología. Conducta antisocial, causas, evaluación y tratamiento: Vol. 2. pp. 493-523. México: Oxford.
- ☺ Escalante, F. y López, R. (2002, 2ª Ed.). Comportamientos preocupantes en niños y adolescentes. México: Editorial Asesor Pedagógico, S.A. de C.V.
- ☺ Garbarino, J. y Eckenrode, J. (1997). El significado del maltrato. En J. Garbarino y J. Eckenrode. Porque las familias abusan de sus hijos. pp.15-50. Barcelona, España: Editorial Lifusa.
- ☺ Garbarino, J., Eckenrode, J. y Levine, J. (1997). El maltrato al adolescente. En J. Garbarino y J. Eckenrode. Porque las familias abusan de sus hijos. pp.197-222. Barcelona, España: Editorial Lifusa.

- ☺ García, A. (2002). La influencia de la familia y el nivel de depresión hacia el consumo de drogas en los adolescentes de la ciudad de México. Tesis de Licenciatura. Facultad de Psicología. México:UNAM.
- ☺ Giordano, P. y Cernkovich, S. (2002). Género y conducta antisocial. En D. Staff, J. Breiling y J. Maser (comp.). Biblioteca de Psicología. Conducta antisocial, causas, evaluación y tratamiento: Vol. 2. pp. 630-664. México: Oxford.
- ☺ Gómez, J. y Villar, P. (2001). Los padres y madres ante la prevención de conductas problemáticas en la adolescencia. La aplicación del programa construyendo salud: promoción de habilidades parentales. Madrid, España: Editorial CEAPA.
- ☺ INEGI (2002). Estadísticas a propósito del día del niño. Datos Nacionales. En sitio de internet: www.dif.gob.mx/inegi/nino2004.pdf. Fecha de último acceso: 16 de noviembre del 2005
- ☺ Juárez, F. (1999) Predictores de la conducta antisocial y su relación con el uso de drogas en una muestra nacional de estudiantes de enseñanza media y media superior. Tesis de Licenciatura. Facultad de Psicología. México: UNAM.
- ☺ Juárez, F., Medina-Mora, ME., Berenzon, S., Villatoro, J., Carreño, S., López, E., Galván, J., Rojas, E. (1998). Antisocial Behavior: Its relation to selected sociodemographic variables and alcohol and drug use among Mexican students. En *Substance Use & Missue*, 33 (7): 1437-1459.
- ☺ Lira, P (1999). Estudio de Prevalencia de Maltrato Infantil en Escolares de Educación Básica. Calama, Chile: Dirección de Salud, Corporación de Desarrollo Social.
- ☺ Oliva, A. (2002). Maltrato adolescente. *Bienestar y protección infantil*, 1(0):71-90.
- ☺ Plata, A. (2003). La percepción del adolescente con conducta antisocial acerca de su ambiente familiar. Tesis de licenciatura. México: Centro Cultural Universitario Justo Sierra, A.C.
- ☺ Ruiz, G. (2004). Funcionamiento familiar en tres grupos de menores infractores, un enfoque sistémico estructural. Tesis de Licenciatura. Facultad de Psicología. México: UNAM.
- ☺ Rutter, M. (2002). Comportamiento antisocial: perspectivas del desarrollo de las psicopatologías. En D. Staff, J. Breiling y J. Maser (comp.). Biblioteca de Psicología. Conducta antisocial, causas, evaluación y tratamiento: Vol. 1. pp. 142-164. México: Oxford.
- ☺ Rutter, M., Giller, H. y Hegell, A. (2000). La conducta antisocial de los jóvenes. Madrid, España: Editorial Cambridge.
- ☺ Silva, A (2003). Enfoque psicológico en el estudio de la antisocialidad. En A. Silva *Criminología y conducta antisocial*. pp. 125-142. México: Editorial Pax México.
- ☺ Shaw, D. y Winslow, E. (2002). Precursores y correlatos de la conducta antisocial desde la primera infancia hasta la edad preescolar. En D. Staff, J. Breiling y J. Maser (comp.). Biblioteca de Psicología. Conducta antisocial, causas, evaluación y tratamiento: Vol. 3. pp. 723-748. México: Oxford.

- ☺ Southam-Gerow, M. y Kendall, P. (2002). Tratamientos cognitivo- conductual y centrado en los padres para jóvenes con conductas antisociales. En D. Staff, J. Breiling y J. Maser (comp.). Biblioteca de Psicología. Conducta antisocial, causas, evaluación y tratamiento: Vol. 3. pp. 870-895. México: Oxford.
- ☺ Villatoro, J.; Andrade, P.; Fleiz, C.; Medina-Mora, M.; Reyes, I. y Rivera, E.(1997). La relación padres-hijos: una escala para evaluar el ambiente familiar de los adolescentes. Revista de Salud Mental, 20 (2): 21-27.
- ☺ Villatoro, J., Medina-Mora, M.E., Rojano, C., Fleiz, C., Villa, G., Jasso, A., Alcántar, M.I., Bermudez, P., Castro, P. y Blanco, J. (2001). Reporte global de Escuelas Secundarias. México: INP – SEP.
- ☺ Villatoro, J., Medina-Mora, M.E., Rojano, C., Amador, N., Bermúdez, P., Hernández, H., Fleiz, C., Gutiérrez, M. y Ramos, A. (2004). Consumo de Drogas, Alcohol y Tabaco en Estudiantes del Distrito Federal: medición otoño 2003. Reporte del Nivel Educativo de Secundaria. México: INP-SEP.
- ☺ Widom, C. (2002). Maltrato infantil, descuido y escenas de violencia. En D. Staff, J. Breiling y J. Maser (comp.). Biblioteca de Psicología. Conducta antisocial, causas, evaluación y tratamiento: Vol. 2. pp. 442-468. México: Oxford.